



LOS
MUERTOS
NADA
SABEN

MINISTERIO LD

Contenido

INTRODUCCIÓN.....	12
CAPÍTULO 1.....	17
LA PRIMERA MENTIRA: “NO MORIRÉIS”	17
OBJECIONES Y RESPUESTAS	22
Objeción 1: “Adán no murió el mismo día; por lo tanto, Dios no hablaba de muerte real.”	22
Objeción 2: “El hombre fue creado a imagen de Dios; por eso debe ser inmortal.”	23
Objeción 3: “Si el hombre no tiene inmortalidad natural, entonces no hay esperanza después de la muerte.”	24
COMENTARIO EGW	24
COMENTARIO CBA	25
NOTA APOLOGÉTICA.....	26
CIERRE DEL CAPÍTULO	26
CAPÍTULO 2	28
¿QUÉ ES EL ALMA SEGÚN LA BIBLIA?.....	28
OBJECIONES Y RESPUESTAS	34

Objeción 1: “La Biblia dice que el hombre tiene cuerpo, alma y espíritu. Por lo tanto, el alma es una entidad separada.”	34
Objeción 2: “Heb. 4:12 dice que alma y espíritu pueden dividirse. Entonces no son lo mismo.”	35
Objeción 3: “Ecl. 12:7 dice que el espíritu vuelve a Dios. Entonces la persona sigue consciente.”	35
Objeción 4: “Jesús dijo: ‘No temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar’.”	36
COMENTARIO EGW	37
COMENTARIO CBA	37
NOTA APOLOGÉTICA.....	39
CIERRE DEL CAPÍTULO	39
CAPÍTULO 3	41
¿QUÉ PASA CUANDO UNA PERSONA MUERE? .	41
OBJECIONES Y RESPUESTAS	47
Objeción 1: “Eclesiastés dice que los muertos nada saben, pero eso solo habla del cuerpo, no del alma.”	47
Objeción 2: “El espíritu vuelve a Dios; por lo tanto, la persona sigue viva y consciente.”	47

Objeción 3: “Jesús dijo que Lázaro dormía; eso fue solo una forma poética.”	48
Objeción 4: “Si los muertos están inconscientes, entonces la muerte parece demasiado absoluta.” ..	48
Objeción 5: “Entonces, ¿dónde están los justos que murieron?”	49
COMENTARIO EGW	49
COMENTARIO CBA	50
NOTA APOLOGÉTICA	51
CIERRE DEL CAPÍTULO	52
CAPÍTULO 4	53
LA INMORTALIDAD PERTENECE SOLO A DIOS	53
OBJECIONES Y RESPUESTAS	59
Objeción 1: “Si el hombre fue creado a imagen de Dios, debe ser inmortal como Dios.”	59
Objeción 2: “Pablo dice que Cristo sacó a luz la inmortalidad; eso prueba que el alma ya la tenía.”	59
Objeción 3: “Si el alma no es inmortal, entonces el creyente no tiene nada especial al morir.”	60

Objeción 4: “Los impíos también deben ser inmortales, porque de otro modo no podrían recibir castigo eterno.”	60
Objeción 5: “Enoc, Elías y Moisés demuestran que el hombre es inmortal.”	61
COMENTARIO EGW	61
COMENTARIO CBA	62
NOTA APOLOGÉTICA.....	63
CIERRE DEL CAPÍTULO	64
CAPÍTULO 5	65
LA MUERTE COMO SUEÑO Y LA ESPERANZA DE LA RESURRECCIÓN.....	65
OBJECIONES Y RESPUESTAS	71
Objeción 1: “La muerte como sueño es solo una manera poética de hablar; no enseña nada sobre inconsciencia.”	71
Objeción 2: “Dormir no significa estar inconsciente, porque los sueños implican actividad.”	71
Objeción 3: “Si los muertos solo duermen, entonces la muerte parece igual para justos e impíos.”	72

Objeción 4: “Dios es Dios de vivos, no de muertos; por lo tanto, los patriarcas están vivos ahora.”	72
Objeción 5: “Si el creyente queda inconsciente al morir, entonces pierde comunión con Cristo.”	73
COMENTARIO EGW	73
COMENTARIO CBA	74
NOTA APOLOGÉTICA.....	75
CIERRE DEL CAPÍTULO	76
CAPÍTULO 7	77
MOISÉS, ELÍAS Y LA TRANSFIGURACIÓN	77
OBJECIONES Y RESPUESTAS	83
Objeción 1: “Moisés apareció hablando con Jesús; por lo tanto, los muertos sí hablan.”	83
Objeción 2: “El texto no dice que Moisés resucitó; entonces no se puede afirmar eso.”	84
Objeción 3: “Si fue una visión, entonces Moisés y Elías no estaban realmente allí.”	84
Objeción 4: “Dios es Dios de vivos, así que Moisés seguía vivo.”	85
Objeción 5: “Entonces, ¿por qué Dios llevó precisamente a Moisés y Elías?”	85

Objeción 6: “Si Moisés fue resucitado, entonces sí hay personas en el cielo antes de la resurrección general.”	86
COMENTARIO EGW	86
COMENTARIO CBA	87
NOTA APOLOGÉTICA.....	88
CIERRE DEL CAPÍTULO	89
CAPÍTULO 8	90
EL LADRÓN EN LA CRUZ Y EL PARAÍSO	90
OBJECIONES Y RESPUESTAS	96
Objeción 1: “La coma siempre ha estado allí; por lo tanto, la lectura correcta es que ese mismo día fueron al paraíso.”	96
Objeción 2: “Jesús dijo ‘hoy estarás conmigo’; eso parece clarísimo.”	96
Objeción 3: “Tal vez Jesús fue espiritualmente al paraíso aunque físicamente estuvo en la tumba.” ..	97
Objeción 4: “Entonces, ¿por qué Jesús usó la palabra ‘hoy’?”	97
Objeción 5: “¿No es demasiado rebuscado cambiar la puntuación?”	97

Objeción 6: “Si el ladrón no fue al paraíso ese día, entonces ¿dónde está ahora?”	98
COMENTARIO EGW	98
COMENTARIO CBA	99
NOTA APOLOGÉTICA.....	100
CIERRE DEL CAPÍTULO	101
CAPÍTULO 9	102
EL RICO Y LÁZARO: PARÁBOLA, NO FOTOGRAFÍA DEL MÁS ALLÁ	102
OBJECIONES Y RESPUESTAS	108
Objeción 1: “Pero Jesús menciona nombres, como Lázaro y Abraham. Entonces no puede ser parábola.”	108
Objeción 2: “Si no es literal, entonces Jesús estaría usando una doctrina falsa para enseñar.”	109
Objeción 3: “El rico estaba consciente, sufría y hablaba. Eso prueba que los muertos sienten.” ...	110
Objeción 4: “Entonces, ¿qué enseña realmente la parábola?”	110

Objeción 5: “El rico pidió advertir a sus hermanos. ¿No muestra eso que después de morir uno sigue interesado por los vivos?”	111
Objeción 6: “Si la historia no describe el más allá, entonces ¿por qué Jesús la contó así?”	111
COMENTARIO EGW	112
COMENTARIO CBA	113
NOTA APOLOGÉTICA	113
CIERRE DEL CAPÍTULO	114
PRÓLOGO	116
APÉNDICE 1	119
1 TESALONICENSES 5:23 Y LA EXPRESIÓN “ESPÍRITU, ALMA Y CUERPO”	119
Objeción	121
Respuesta	121
APÉNDICE 2	122
HEBREOS 4:12 Y LA DIVISIÓN ENTRE ALMA Y ESPÍRITU	122
Objeción	124
Respuesta	124

APÉNDICE 3	124
“DIOS NO ES DIOS DE MUERTOS, SINO DE VIVOS”	124
Objeción	126
Respuesta	126
APÉNDICE 4	126
“AUSENTES DEL CUERPO Y PRESENTES CON EL SEÑOR”	126
Objeción	128
Respuesta	129
APÉNDICE 5	129
“PREDICÓ A LOS ESPÍRITUS ENCARCELADOS”	129
Objeción	131
Respuesta	131
APÉNDICE 6	131
LAS ALMAS BAJO EL ALTAR	131
Objeción	133
Respuesta	133
APÉNDICE 7	134

LOS ESPÍRITUS DE LOS JUSTOS HECHOS	
PERFECTOS	134
Objeción	136
Respuesta	136
CIERRE DE LOS APÉNDICES	136
Un llamado para seguir sembrando.....	137

INTRODUCCIÓN

“Porque los que viven saben que han de morir; pero los muertos nada saben.”

Eclesiastés 9:5

Hay verdades bíblicas que, aunque están escritas con claridad, han sido oscurecidas por siglos de tradición. Una de ellas es la verdad sobre el estado de los muertos. Aunque la Biblia declara abiertamente que los muertos nada saben, que sus pensamientos perecen, que no alaban a Dios y que esperan la resurrección, la enseñanza más popular en el cristianismo ha sido otra: que el hombre posee un alma inmortal que continúa consciente después de la muerte.

Esta idea se ha vuelto tan común, que muchos la repiten sin preguntarse si realmente proviene de la Escritura. Se predica en funerales. Se canta en himnos. Se repite en conversaciones cotidianas. Se transmite a los niños. Se sostiene desde púlpitos. Y, sin embargo, al ser llevada al examen serio de la Biblia, comienza a derrumbarse. Porque la Biblia no dice que el hombre tenga inmortalidad natural. Dice que **solo Dios tiene inmortalidad** (1 Tim. 6:16). No dice que el muerto esté activo en otra dimensión. Dice que **duerme** (Jn.

11:11-14; 1 Tes. 4:13-15). No dice que la recompensa se reciba al morir. Dice que será dada **en aquel día**, cuando Cristo venga (2 Tim. 4:8).

La importancia de este tema no es solo doctrinal. Es espiritual, pastoral y profética.

Es doctrinal, porque afecta la manera en que entendemos la naturaleza del hombre, la muerte, la resurrección, el juicio y la vida eterna.

Es pastoral, porque influye directamente en la forma en que consolamos a los dolientes, en la manera en que interpretamos la pérdida de nuestros seres queridos y en la clase de esperanza que ofrecemos desde la Palabra de Dios.

Y es profética, porque el error acerca de los muertos prepara el camino para el espiritismo y para los engaños finales de Satanás. Si una persona cree que los muertos siguen vivos y conscientes, entonces estará más inclinada a aceptar apariciones, revelaciones, mensajes sobrenaturales o supuestas comunicaciones con difuntos. Por eso la Biblia no trata este tema como un detalle sin importancia, sino como una verdad protectora para el pueblo de Dios.

Este libro ha sido organizado con un propósito muy definido. Primero, establecerá el fundamento bíblico sobre la creación del hombre, el significado del alma, la realidad de la muerte y la naturaleza de la inmortalidad. Luego, examinará los principales pasajes usados para defender la conciencia de los muertos: la pitonisa de Endor, Moisés y Elías en la transfiguración, el ladrón en la cruz, el rico y Lázaro, y otros textos difíciles relacionados con este tema. Finalmente, mostrará la relación directa entre el error sobre la muerte y el espiritismo en el tiempo del fin.

El lector notará que el enfoque de este libro es sencillo pero firme: dejar que la Biblia se interprete a sí misma. No se intentará sostener una doctrina con textos aislados fuera de su contexto, ni construir argumentos sobre emociones o experiencias. La meta será armonizar cada pasaje con el conjunto de la revelación divina. Cuando un texto difícil parezca decir algo distinto, será examinado a la luz de los muchos textos claros que ya han hablado con suficiente fuerza sobre el tema.

También se han incorporado referencias de Elena G. de White y del Comentario Bíblico Adventista, no como sustitutos de la Biblia, sino como ayudas que confirman, ordenan y amplían la comprensión del

texto sagrado. La base de todo seguirá siendo la Escritura.

El título de este libro no es una frase inventada. Es una declaración bíblica: **“Los muertos nada saben”**. Esa afirmación, tomada de Ecl. 9:5, no debe ser suavizada, reinterpretada o anulada por la tradición. Debe ser recibida con reverencia, porque viene de la palabra de Dios. Y cuando se la acepta en su sentido natural, muchas tinieblas se disipan de inmediato.

Desaparece la idea de un alma inmortal independiente del cuerpo.

Desaparece la noción de muertos activos que observan a los vivos.

Desaparece la base doctrinal del espiritismo.

Y resplandece con más fuerza la esperanza gloriosa de la resurrección.

En otras palabras, este tema no nos quita esperanza; nos devuelve la esperanza correcta.

La fe bíblica no enseña que el hombre sea inmortal por naturaleza. Enseña que la vida eterna está en Cristo. La fe bíblica no enseña que la muerte sea una ilusión. Enseña que es un enemigo vencido por el Salvador. La fe bíblica no enseña a buscar consuelo en

mensajes de difuntos. Enseña a esperar la venida del Señor y la resurrección de los santos.

Si este libro logra que el lector ame más la verdad, confíe más en la Palabra de Dios, rechace con más claridad el error y espere con más anhelo la resurrección en Cristo, entonces habrá cumplido su propósito.

Porque al final, la gran pregunta no es si los muertos pueden hablarnos.

La gran pregunta es si nosotros estamos dispuestos a escuchar a Dios.

CAPÍTULO 1

LA PRIMERA MENTIRA: “NO MORIRÉIS”

Toda falsa doctrina sobre el estado de los muertos tiene su raíz en una sola frase. No nació en una academia. No surgió de un concilio. No apareció primero en Grecia ni en Roma. Nació en Edén, cuando Dios habló con claridad y la serpiente contradujo abiertamente su palabra.

Dios había dicho a Adán: “de todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Gén. 2:16-17). La sentencia era directa. No decía: “cambiarás de estado”. No decía: “seguirás viviendo en otra dimensión”. No decía: “tu cuerpo morirá, pero tu verdadera persona seguirá consciente”. Dios dijo: **morirás**.

Pero Satanás respondió con la primera mentira teológica de la historia: “No moriréis” (Gén. 3:4). Allí comenzó el gran conflicto doctrinal sobre la naturaleza del hombre, la muerte, la inmortalidad y la esperanza futura. Desde ese momento quedaron frente a frente dos voces: la de Dios, que declara que el pecado trae

muerte, y la de la serpiente, que enseña que el hombre puede pecar y seguir viviendo.

Ese es el verdadero punto de partida. La doctrina de la inmortalidad natural del alma no es una enseñanza que brota de la Escritura, sino una repetición refinada de la voz de la serpiente. Todo sistema religioso que enseñe que el hombre no muere realmente, sino que continúa consciente después de la muerte, termina repitiendo, de una forma u otra, la antigua mentira del Edén.

La Biblia define la consecuencia del pecado como muerte, no como transición a una vida superior. “La paga del pecado es muerte” (Rom. 6:23). “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte” (Rom. 5:12). Y cuando Dios ejecutó la sentencia sobre Adán, dijo: “polvo eres, y al polvo volverás” (Gén. 3:19). El hombre no fue presentado como un ser naturalmente inmortal atrapado en un cuerpo material, sino como una criatura dependiente de Dios para vivir.

Aquí está una clave fundamental. Gén. 2:7 no dice que Dios puso dentro del hombre un alma inmortal e independiente. Dice que Dios formó al hombre del polvo de la tierra, sopló en su nariz aliento de vida, y **fue** el hombre un ser viviente. El hombre no **recibió**

un alma como una entidad separada; el hombre **llegó a ser** alma viviente. La vida humana, por lo tanto, no existe aparte de la unión del cuerpo con el aliento de vida dado por Dios.

Por eso, cuando el pecado entró, el hombre no conservó una inmortalidad inherente. Al contrario, quedó sujeto a la muerte. Gén. 3:22-24 muestra algo decisivo: Dios impidió el acceso del hombre al árbol de la vida. Si el ser humano fuese inmortal por naturaleza, esta prohibición carecería de sentido. ¿Para qué cerrar el camino al árbol de la vida, si el hombre ya poseía vida indestructible en sí mismo? El relato bíblico enseña lo opuesto: la continuidad de la vida del hombre dependía de Dios y del acceso al árbol de la vida.

Esto destruye de raíz la idea popular de que el hombre es inmortal por creación. La inmortalidad es un atributo exclusivo de Dios. Pablo escribe del Señor como aquel “que sólo tiene inmortalidad” (1 Tim. 6:16). No dice que Dios la comparte de manera natural con toda alma humana. No dice que el pecador la posee desde su nacimiento. Dice que **solo Dios** la tiene en sí mismo. Por eso Rom. 2:7 afirma que los fieles **buscan** inmortalidad. Y 1 Cor. 15:51-54 enseña que en la resurrección “esto mortal se vestirá de

inmortalidad”. Si el hombre ya fuera inmortal, Pablo no hablaría de algo que debe ser buscado ni de algo que todavía debe revestir al creyente.

La doctrina bíblica, entonces, es sencilla y poderosa: Dios tiene inmortalidad; el hombre es mortal; Cristo ofrece vida eterna; y esa inmortalidad será otorgada plenamente en la resurrección. Esta enseñanza armoniza con toda la Escritura. La teoría del alma inmortal, en cambio, tropieza con la misma Biblia en cada paso.

Además, si los justos ya estuvieran disfrutando plenamente el cielo al morir, la resurrección perdería gran parte de su sentido. ¿Para qué despertar a alguien que ya goza de la bienaventuranza perfecta? ¿Para qué la segunda venida de Cristo habría de ser la gran esperanza del creyente? Sin embargo, Cristo mismo dijo: “vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz” (Jn. 5:28-29). Marta, antes de la resurrección de Lázaro, expresó la esperanza correcta: “yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero” (Jn. 11:24). Pablo también ubicó la recompensa “en aquel día” de la venida de Cristo (2 Tim. 4:8), y no en el instante de la muerte.

La Biblia jamás presenta la muerte como liberación gloriosa de un alma consciente. La presenta como enemigo (1 Cor. 15:26), como sueño (Jn. 11:11-14; 1 Tes. 4:13-15), como silencio (Sal. 115:17), como inconsciencia (Ecl. 9:5-6, 10), y como espera hasta que Cristo llame a los suyos del sepulcro (Jn. 5:28-29).

El gran peligro de aceptar la mentira “no moriréis” no es solo doctrinal. Es también profético y práctico. Si el hombre cree que los muertos siguen vivos, entonces quedará preparado para aceptar apariciones, voces, revelaciones y manifestaciones sobrenaturales atribuidas a familiares difuntos, santos, vírgenes, profetas o personajes espirituales. Pero la Biblia advierte contra consultar a los muertos (Isa. 8:19-20) y revela que Satanás puede disfrazarse “como ángel de luz” (2 Cor. 11:14). De allí que el error sobre el estado de los muertos sea el fundamento del espiritismo antiguo y moderno.

Por eso este tema no es secundario. No es una simple diferencia de opinión. Está ligado al conflicto final entre verdad y engaño. Quien no acepte lo que Dios dijo en Génesis, terminará creyendo la mentira del Edén bajo formas nuevas y más sofisticadas.

La verdad bíblica es esta: el hombre no posee inmortalidad natural. La vida eterna está únicamente en Cristo. “El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida” (1 Jn. 5:12). No hay vida eterna fuera de Cristo. No hay inmortalidad independiente de Cristo. No hay conciencia de los muertos separada de la resurrección prometida por Cristo.

Así que el conflicto empezó con dos declaraciones opuestas:

Dios dijo: **morirás.**

La serpiente dijo: **no moriréis.**

Toda doctrina sobre el estado de los muertos debe ser juzgada a la luz de esas dos voces. Y quien decide creer a Dios, debe rechazar toda enseñanza que convierta la muerte en una ilusión.

OBJECIONES Y RESPUESTAS

Objeción 1: “Adán no murió el mismo día; por lo tanto, Dios no hablaba de muerte real.”

Respuesta:

Sí hablaba de muerte real. La sentencia comenzó a

ejecutarse el mismo día en que el hombre pecó. Adán quedó separado de la fuente de vida, expulsado del Edén y sin acceso al árbol de la vida (Gén. 3:22-24). Desde ese día empezó su condición mortal, y el resultado final fue la muerte literal, tal como Dios había dicho. Además, el pecado produjo también muerte espiritual inmediata, pero no anuló la realidad de la muerte física. Gén. 5 repite una y otra vez la fórmula: “y murió”. La historia confirmó la palabra de Dios, no la mentira de la serpiente.

Objeción 2: “El hombre fue creado a imagen de Dios; por eso debe ser inmortal.”

Respuesta:

Ser creado a imagen de Dios no significa poseer todos sus atributos incomunicables. El hombre no es omnipotente, no es omnisciente, no es omnipresente, y tampoco es inmortal por naturaleza. La Biblia reserva la inmortalidad esencial a Dios (1 Tim. 6:16). El hombre depende del Creador para vivir. Su esperanza no está en una supuesta inmortalidad innata, sino en la vida eterna que Cristo concede a los redimidos (Jn. 3:16; Rom. 2:7).

Objeción 3: “Si el hombre no tiene inmortalidad natural, entonces no hay esperanza después de la muerte.”

Respuesta:

La esperanza cristiana no descansa en una inmortalidad natural del hombre, sino en la resurrección por el poder de Cristo. Jesús no dijo: “el que muere ya recibió toda su recompensa”. Dijo: “yo le resucitaré en el día postrero” (Jn. 6:40). Pablo no consoló a los creyentes con un cielo inmediato al morir, sino con la venida del Señor y la resurrección de los que durmieron en Cristo (1 Tes. 4:16-18). La esperanza bíblica no es la supervivencia natural del alma, sino la victoria de Cristo sobre la muerte.

COMENTARIO EGW

Elena G. de White explica que la afirmación de la serpiente, “no moriréis”, fue la primera gran falsedad sobre la naturaleza del hombre y que esa mentira ha sido repetida a través de los siglos en la doctrina de la inmortalidad natural del alma. También señala que este error prepara el camino para el espiritismo y para los engaños finales de Satanás. Véase:

- Elena G. de White, *Patriarcas y Profetas*, cap. 3, “La tentación y la caída”.
 - Elena G. de White, *El Conflicto de los Siglos*, cap. 34, “¿Pueden hablarnos nuestros muertos?”
 - Elena G. de White, *El Evangelismo*, p. 439.
-

COMENTARIO CBA

El **Comentario Bíblico Adventista** destaca que en **Gén. 2:7** el hombre no recibe un alma inmortal como una entidad separada, sino que llega a ser un ser viviente. También subraya en **Gén. 3:22-24** que la continuidad de la vida humana dependía del acceso al árbol de la vida, lo cual demuestra que el hombre no era inmortal por naturaleza. Y al comentar **1 Cor. 15:51-54**, muestra que la inmortalidad será concedida en la resurrección, no poseída inherentemente en la vida presente. Véase:

- **Comentario Bíblico Adventista**, t. 1, comentario sobre **Gén. 2:7; 3:22-24**.
- **Comentario Bíblico Adventista**, t. 6, comentario sobre **1 Cor. 15:51-54**.

- **Comentario Bíblico Adventista, t. 7, comentario sobre 1 Tes. 4:13-17.**
-

NOTA APOLOGÉTICA

El error sobre el estado de los muertos no es una simple confusión académica. Es una doctrina estratégica del enemigo. Si Satanás logra que la gente crea que los muertos siguen vivos y conscientes, entonces puede introducir fácilmente apariciones, mensajes del más allá, veneración a los difuntos y manifestaciones espiritistas con apariencia piadosa. Por eso la defensa de la verdad sobre la muerte no solo protege la doctrina; también protege la mente del creyente contra los engaños finales.

CIERRE DEL CAPÍTULO

La doctrina bíblica no empieza en una tumba abierta ni en una aparición sobrenatural. Empieza en Edén. Y en Edén Dios dijo la verdad: el pecado trae muerte. La serpiente dijo la mentira: el hombre no muere realmente. Todo el debate posterior sobre el estado de los muertos se decide allí.

Aceptar la verdad bíblica exige rechazar la primera mentira del diablo. El hombre no posee vida inmortal en sí mismo. La vida eterna está en Cristo, y será manifestada gloriosamente en la resurrección de los justos.

CAPÍTULO 2

¿QUÉ ES EL ALMA SEGÚN LA BIBLIA?

Una de las confusiones más grandes sobre el estado de los muertos nace de no definir correctamente qué es el alma. Mucha gente usa la palabra “alma” como si la Biblia enseñara que dentro del cuerpo existe una entidad invisible, consciente e inmortal, que sigue viviendo al separarse del cuerpo. Pero esa idea no nace del texto bíblico. Nace de una lectura filosófica impuesta sobre la Escritura.

La Biblia no empieza definiendo al hombre como un cuerpo que contiene un alma inmortal. La Biblia presenta al hombre como una unidad viviente creada por Dios. El texto fundamental es Gén. 2:7:

“Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente”. El versículo no dice que Dios puso un alma dentro del hombre. Dice que el hombre **fue** un ser viviente.

Aquí está la fórmula bíblica:

polvo de la tierra + aliento de vida = ser viviente

Eso significa que el alma, en el lenguaje bíblico, no es una cosa separada del hombre. Es el hombre vivo. Es la persona viva. Es el ser viviente.

La palabra hebrea que muchas veces se traduce como “alma” es **néfesh**. Y esa palabra no significa automáticamente “espíritu inmortal”. En numerosos pasajes significa simplemente persona, vida, ser, individuo o criatura viviente. Por ejemplo, en Gén. 2:7 el hombre llega a ser un “ser viviente”; en hebreo, una **néfesh jayáh**. Pero esa misma expresión también se usa para los animales en Gén. 1:20-21, 24. Es decir, los animales también son llamados seres vivientes. Eso ya destruye la idea de que “alma” siempre signifique una entidad inmortal y consciente separada del cuerpo.

La misma palabra **néfesh** se usa para personas concretas. En Gén. 46 se cuentan “almas” para referirse a individuos. En Ex. 1:5, las “setenta personas” de la casa de Jacob son llamadas almas. En Lev. 4:2, una “persona” que pecare aparece con esa misma idea. Entonces, en la Biblia, alma muchas veces significa sencillamente **persona**.

Aún más contundente es Ez. 18:4: “el alma que pecare, esa morirá”. Si el alma fuera inmortal por naturaleza, este texto sería imposible. Pero la Escritura

no vacila: el alma puede morir. No porque el hombre deje de existir para siempre en sentido absoluto, sino porque el ser humano no posee inmortalidad propia. Su vida depende de Dios.

En el Nuevo Testamento ocurre algo semejante con la palabra griega **psyjé**. A veces se traduce alma, otras veces vida. Cristo dijo: “el que halle su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará” (Mat. 10:39). En el original, la palabra es **psyjé**. En muchos casos, entonces, “alma” y “vida” se usan de manera intercambiable. No se trata de una entidad inmortal encerrada en el cuerpo, sino de la vida del ser.

Por eso, cuando la Biblia habla del hombre, lo presenta como una unidad. No enseña que el cuerpo sea una cárcel y el alma un ser superior aprisionado. Esa forma de pensar viene de corrientes filosóficas extrañas al pensamiento hebreo. La Biblia muestra al hombre como una criatura total: cuerpo, vida, personalidad, conciencia, voluntad y existencia, todo ello dependiente del soplo de Dios.

También es importante entender qué vuelve a Dios cuando el hombre muere. Ecl. 12:7 declara: “y el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio”. Muchos leen ese versículo suponiendo

que ese “espíritu” es una persona consciente que abandona el cuerpo y sube al cielo. Pero el texto no dice eso. El término allí apunta al aliento de vida, al principio vital dado por Dios, no a una personalidad consciente que sigue viviendo independientemente del cuerpo.

Lo mismo se ve en Job 34:14-15: “Si él pusiese sobre el hombre su corazón, y recogiese así su espíritu y su aliento, toda carne perecería juntamente, y el hombre volvería al polvo”. Aquí “espíritu” y “aliento” aparecen en paralelo. No se trata de una segunda persona dentro del hombre, sino del poder vivificante que procede de Dios. Cuando Dios retira ese aliento, el ser humano muere.

Esto armoniza perfectamente con Sal. 146:4: “pues sale su aliento, y vuelve a la tierra; en ese mismo día perecen sus pensamientos”. El texto no dice que sus pensamientos continúan en otra esfera. Dice que perecen. Eso significa que la conciencia humana no sigue funcionando después de la muerte como enseña la tradición popular.

Por eso Ecl. 9:5 afirma: “los muertos nada saben”. Y en el versículo 10 añade: “porque en el Seol, adonde vas, no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría”.

La muerte, entonces, no es una puerta a una conciencia superior. Es un estado de inconsciencia, de silencio, de espera, hasta que la voz de Cristo llame a los muertos del sepulcro.

Algunos intentan escapar de esta verdad apelando a 1 Tes. 5:23, donde Pablo menciona “espíritu, alma y cuerpo”. Pero ese versículo no enseña tres entidades separadas e independientes. Pablo está abarcando la totalidad de la persona. Es una manera enfática de decir que Dios santifique al creyente por completo. Del mismo modo, Cristo dijo que debemos amar a Dios con todo el corazón, alma y mente (Mat. 22:37), y nadie usa ese texto para enseñar que el ser humano está compuesto de compartimentos autónomos. Pablo no está definiendo una antropología dualista o tripartita al estilo filosófico; está describiendo al hombre completo bajo distintos aspectos de su vida.

Lo mismo ocurre con Heb. 4:12, que dice que la palabra de Dios penetra “hasta partir el alma y el espíritu”. Ese texto no enseña que alma y espíritu sean dos seres conscientes distintos dentro del hombre. El punto del pasaje es mostrar el poder penetrante de la palabra de Dios, capaz de llegar a lo más íntimo del ser. Es un lenguaje que subraya profundidad, no una disección literal de sustancias invisibles.

Debemos, pues, volver al lenguaje de la Escritura. Según la Biblia, el alma no es inmortal. El hombre no **tiene** un alma inmortal como si fuese una posesión separada. El hombre **es** alma viviente mientras vive. Y cuando muere, deja de ser alma viviente, porque el polvo vuelve a la tierra y el aliento de vida vuelve a Dios.

Este punto es decisivo. Si el alma fuera una entidad inmortal, entonces la muerte no sería realmente muerte. Sería apenas un cambio de lugar. Pero la Biblia insiste en que la paga del pecado es muerte (Rom. 6:23), que David no subió a los cielos (Hch. 2:34), que los muertos duermen (1 Tes. 4:13-15), y que la esperanza del creyente está en la resurrección, no en una supuesta supervivencia natural del alma.

Además, la idea del alma inmortal crea serios problemas doctrinales. Si el justo ya está plenamente gozando en el cielo, la resurrección queda reducida a un simple trámite. Si el impío ya está siendo atormentado conscientemente, entonces el juicio final no sería el momento real de la sentencia, sino una ratificación tardía de algo ya ejecutado. Pero la Biblia presenta un orden distinto: muerte, descanso inconsciente, resurrección, juicio y recompensa.

Por eso el estudio del alma no es un detalle técnico. Es una puerta doctrinal. Si el hombre define mal el alma, definirá mal la muerte. Y si define mal la muerte, quedará expuesto al espiritismo, a las apariciones engañosas, y a toda doctrina que contradiga la esperanza bíblica de la resurrección.

La verdad es más sencilla y más sólida: Dios formó al hombre del polvo, le dio aliento de vida, y el hombre llegó a ser un ser viviente. Esa vida depende de Dios. No es inherente. No es indestructible por naturaleza. La inmortalidad pertenece a Dios y será concedida a sus redimidos en la resurrección gloriosa.

OBJECIONES Y RESPUESTAS

Objeción 1: “La Biblia dice que el hombre tiene cuerpo, alma y espíritu. Por lo tanto, el alma es una entidad separada.”

Respuesta:

No necesariamente. 1 Tes. 5:23 no enseña tres seres independientes dentro del hombre. Pablo está hablando de la persona completa. Usa una expresión totalizadora: espíritu, alma y cuerpo. Es semejante a cuando Cristo manda amar a Dios con todo el

corazón, alma y mente. Nadie entiende eso como una descripción anatómica de tres entidades autónomas. El punto es la consagración total del ser. Además, la Biblia en otros lugares usa “alma” para persona, y “espíritu” para aliento o principio de vida. Por lo tanto, no se puede construir una doctrina de alma inmortal solo con esa expresión.

Objeción 2: “Heb. 4:12 dice que alma y espíritu pueden dividirse. Entonces no son lo mismo.”

Respuesta:

Heb. 4:12 no está dando una clase de anatomía espiritual. Está exaltando el poder penetrante de la palabra de Dios. El texto sigue con frases paralelas: “coyunturas y tuétanos”, “discierne los pensamientos y las intenciones del corazón”. El énfasis no está en definir sustancias separadas, sino en mostrar que nada queda oculto delante del juicio divino. La palabra de Dios llega hasta lo más profundo del ser. Tomar este versículo como prueba de una entidad inmortal independiente del cuerpo es forzar el pasaje.

Objeción 3: “Ecl. 12:7 dice que el espíritu vuelve a Dios. Entonces la persona sigue consciente.”

Respuesta:

El texto no dice que la persona consciente sube al cielo al morir. Dice que el espíritu vuelve a Dios que lo dio. En armonía con Gén. 2:7, Job 34:14-15 y Sal. 146:4, ese espíritu es el aliento de vida, el principio vital que procede de Dios. Cuando ese aliento se retira, el hombre muere y sus pensamientos perecen. Si Ecl. 12:7 enseñara conciencia inmediata en el cielo, contradiría abiertamente Ecl. 9:5-6, 10, donde el mismo libro dice que los muertos nada saben.

Objeción 4: “Jesús dijo: ‘No temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar’.”

Respuesta:

Mat. 10:28 no enseña inmortalidad natural del alma. Cristo está mostrando que el hombre puede quitar la vida presente, pero no puede destruir la esperanza final del creyente en las manos de Dios. De hecho, el mismo versículo dice que Dios puede destruir “el alma y el cuerpo en el infierno”. Por tanto, lejos de enseñar un alma indestructible, el texto enseña que el alma puede ser destruida por el juicio divino. La inmortalidad no es inherente al alma; depende de Dios y de su don de vida.

COMENTARIO EGW

Elena G. de White enseña con claridad que el hombre no fue dotado de inmortalidad innata y que la teoría de un alma consciente después de la muerte contradice la Escritura. Ella señala que la inmortalidad es un don que Cristo concede, no una posesión natural del ser humano. Véase:

Elena G. de White, *El Conflicto de los Siglos*, cap. 33, “El primer gran engaño”. Allí explica que la doctrina de la conciencia de los muertos descansa sobre la mentira original de la serpiente: “No moriréis”.

Elena G. de White, *Patriarcas y Profetas*, cap. 2, “La creación”. Allí presenta al hombre como criatura dependiente de Dios para la vida, no como ser autosuficiente e inmortal.

Elena G. de White, *El Deseado de Todas las Gentes*, cap. 58, “Lázaro, sal fuera”. Allí resalta que Lázaro no había ido a una esfera de gloria consciente, sino que dormía hasta ser llamado por Cristo.

COMENTARIO CBA

El **Comentario Bíblico Adventista** explica en **Gén. 2:7** que el hombre no recibió un alma como una entidad separada, sino que llegó a ser un ser viviente. También destaca que la expresión hebrea para “ser viviente” se aplica tanto al hombre como a los animales, lo cual impide definir “alma” como una sustancia inmortal exclusiva del ser humano.

Al comentar **Ez. 18:4**, el CBA subraya que “alma” puede designar simplemente a la persona misma, y que el texto destruye la idea de un alma naturalmente inmortal que no puede morir.

Y en los comentarios sobre **1 Tes. 5:23**, muestra que Pablo habla del hombre completo, no de tres entidades separadas con existencia independiente.

Véase:

Comentario Bíblico Adventista, t. 1, comentario sobre Gén. 2:7 y Ez. 18:4.

Comentario Bíblico Adventista, t. 7, comentario sobre 1 Tes. 5:23.

Comentario Bíblico Adventista, t. 7, comentario sobre Heb. 4:12.

NOTA APOLOGÉTICA

Muchos ataques contra la verdad bíblica sobre la muerte comienzan con una pregunta aparentemente sencilla: “¿Entonces no tenemos alma?”. La respuesta correcta es: sí, la Biblia usa la palabra alma, pero no como la usa la tradición popular. El problema no es la palabra. El problema es el significado que se le ha metido encima. Cuando la Biblia habla por sí misma, alma no significa una persona invisible e inmortal que abandona el cuerpo al morir. Significa vida, persona, ser viviente. Y esa definición corta de raíz gran parte del error religioso sobre los muertos.

CIERRE DEL CAPÍTULO

La Biblia no enseña que el hombre sea un cuerpo con un alma inmortal encerrada dentro. Enseña que el hombre es un ser viviente formado del polvo y sostenido por el aliento de Dios. Cuando esa unión cesa, el hombre muere. No sigue viviendo conscientemente en otra esfera. Descansa hasta la resurrección.

Definir correctamente el alma es vital, porque quien se equivoca aquí, se equivocará también sobre la muerte,

el juicio, la resurrección y el engaño del espiritismo. La verdad bíblica es clara: la vida del hombre depende enteramente de Dios.

CAPÍTULO 3

¿QUÉ PASA CUANDO UNA PERSONA MUERE?

La pregunta no debe responderse con sentimientos, tradiciones o testimonios de experiencias sobrenaturales. Debe responderse con la Escritura. Y cuando la Biblia habla con claridad, presenta la muerte no como una continuación consciente de la existencia en otra dimensión, sino como el cese de la vida, el retorno al polvo y un estado de inconsciencia que la misma Palabra de Dios describe repetidas veces como sueño.

La muerte, según la Biblia, no es una amiga del hombre. No es una puerta luminosa hacia una vida superior independiente del cuerpo. Es un enemigo. Pablo la llama “el postrer enemigo” (1 Cor. 15:26). Entró en el mundo por el pecado (Rom. 5:12). No fue parte del diseño original de Dios para el ser humano. Por eso, toda enseñanza que la convierta en una especie de liberación natural del alma distorsiona el testimonio bíblico.

La Escritura enseña que el hombre fue formado del polvo y recibió de Dios el aliento de vida. Mientras

esos dos elementos están unidos, existe un ser viviente (Gén. 2:7). Cuando esa unión se rompe, ocurre la muerte. El cuerpo vuelve al polvo, y el aliento de vida vuelve a Dios que lo dio (Ecl. 12:7). No vuelve a Dios una persona consciente que siga pensando, sintiendo, alabando o comunicándose; vuelve el principio de vida que provino de Él. El hombre, como ser viviente, deja de vivir.

Por eso Dios declaró a Adán: “polvo eres, y al polvo volverás” (Gén. 3:19). El texto no dice: “seguirás viviendo en otra esfera”. Dice que volverá al polvo. Job también lo entendió así: “Como la nube se desvanece y se va, así el que desciende al Seol no subirá; no volverá más a su casa, ni su lugar le conocerá más” (Job 7:9-10). La muerte es presentada como descenso al sepulcro, no como ascenso inmediato a una vida consciente en el cielo.

Eclesiastés es especialmente claro. “Porque los que viven saben que han de morir; pero los muertos nada saben” (Ecl. 9:5). El texto no deja margen para la idea de conciencia activa después de la muerte. No dice que los muertos saben más. No dice que observan a los vivos. No dice que interceden, escuchan oraciones o conversan con sus familiares. Dice: **nada saben**. Y para eliminar cualquier intento de reinterpretación

sentimental, añade: “también su amor y su odio y su envidia fenecieron ya” (Ecl. 9:6). Es decir, las emociones y relaciones conscientes han cesado. Y remata en el versículo 10: “porque en el Seol, adonde vas, no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría”. La muerte bíblica es un estado real de inconsciencia.

Los Salmos coinciden con esta verdad. “No alabarán los muertos a JAH, ni cuantos descienden al silencio” (Sal. 115:17). “Porque en la muerte no hay memoria de ti; en el Seol, ¿quién te alabará?” (Sal. 6:5). “Sale su aliento, y vuelve a la tierra; en ese mismo día perecen sus pensamientos” (Sal. 146:4). No continúan los pensamientos. No continúa la alabanza consciente. No continúa la participación en los asuntos de esta vida. El hombre muere, y su actividad mental cesa.

Daniel también armoniza con esta línea. “Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados” (Dan. 12:2). Observe el lenguaje: duermen en el polvo. No están vivos y conscientes en otra esfera, esperando un cuerpo nuevo. Duermen en el polvo y serán despertados. De allí que la esperanza bíblica no sea la supervivencia natural del alma, sino la resurrección.

Cristo mismo confirmó esta enseñanza. Cuando Lázaro murió, Jesús dijo: “Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarle” (Jn. 11:11). Los discípulos pensaron que hablaba del sueño natural, y entonces Jesús les dijo claramente: “Lázaro ha muerto” (Jn. 11:14). Para Cristo, la muerte del creyente se compara a un sueño del cual Él puede despertarlo. Y Marta, en vez de decir que su hermano ya estaba gozando de la presencia celestial, expresó la esperanza bíblica correcta: “yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero” (Jn. 11:24).

Esta es la gran clave. Si los muertos ya estuvieran viviendo conscientemente en el cielo o en el infierno, la resurrección perdería su función central. Pero en la Biblia la resurrección no es un detalle secundario. Es el corazón de la esperanza cristiana. Jesús afirmó: “vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz” (Jn. 5:28-29). Pablo consoló a los creyentes no diciendo que sus muertos ya estaban plenamente glorificados, sino anunciando que “los muertos en Cristo resucitarán primero” cuando el Señor descienda del cielo (1 Tes. 4:16). Y en 1 Cor. 15 enseña que la victoria final sobre la muerte ocurre cuando “esto mortal se vista de inmortalidad” en la resurrección (1 Cor. 15:51-54).

La doctrina bíblica del estado de los muertos, entonces, sigue esta secuencia: muerte, descanso inconsciente en el sepulcro, resurrección, juicio y recompensa. No enseña una existencia consciente intermedia desligada del cuerpo. Por eso Pablo dijo que la corona de justicia le sería dada “en aquel día”, es decir, en la manifestación de Cristo (2 Tim. 4:8), no en el momento de morir.

También debe comprenderse correctamente qué significa que el espíritu vuelva a Dios. Ecl. 12:7 no enseña que una personalidad consciente suba a la presencia divina. El mismo uso bíblico muestra que ese “espíritu” es el aliento de vida o principio vital. Job 34:14-15 dice que si Dios recogiera “su espíritu y su aliento, toda carne perecería juntamente, y el hombre volvería al polvo”. Allí “espíritu” y “aliento” aparecen en paralelo. No se trata de una persona consciente que sobrevive a la muerte, sino del poder vivificante que sostiene la vida.

Esto explica por qué la Biblia insiste en que los muertos esperan. Esperan la voz del Hijo de Dios. Esperan el día postrero. Esperan la trompeta final. Esperan la resurrección. La esperanza cristiana no está en que una parte del hombre nunca muere, sino en

que Cristo venció la muerte y llamará a los suyos del sepulcro.

Además, esta verdad protege al creyente contra el engaño. Si uno acepta que los muertos siguen conscientes, quedará dispuesto a creer en manifestaciones del más allá, apariciones, mensajes espirituales y voces de supuestos difuntos. Pero si la Biblia dice que los muertos nada saben, entonces toda supuesta comunicación con ellos debe ser rechazada como engaño. De allí que la doctrina del estado de los muertos no sea una cuestión menor. Está ligada a la seguridad doctrinal del pueblo de Dios en el tiempo del fin.

Debemos insistir, entonces, en el lenguaje de la Escritura: los muertos duermen; descienden al silencio; no alaban; no piensan; nada saben; están en el polvo; esperan la resurrección. Esta es la verdad bíblica. Es sobria, coherente y gloriosa, porque centra toda la esperanza en Cristo y en su segunda venida.

La muerte no tiene la última palabra. Pero tampoco la tiene una supuesta alma inmortal. La última palabra la tiene Cristo, que dirá a los sepulcros: “Venid fuera”. Y cuando su voz sea oída, entonces los fieles recibirán la inmortalidad prometida.

OBJECIONES Y RESPUESTAS

Objeción 1: “Eclesiastés dice que los muertos nada saben, pero eso solo habla del cuerpo, no del alma.”

Respuesta:

El texto no hace esa distinción. Ecl. 9:5-6 habla de los muertos como personas completas y afirma que nada saben, que su amor, odio y envidia fenecieron, y que nunca más tendrán parte en lo que se hace debajo del sol. Además, el versículo 10 añade que en el Seol no hay ciencia ni sabiduría. La idea de una conciencia activa después de la muerte no viene del pasaje; se le impone desde afuera.

Objeción 2: “El espíritu vuelve a Dios; por lo tanto, la persona sigue viva y consciente.”

Respuesta:

La Biblia usa “espíritu” en ese contexto como aliento de vida o principio vital, no como una personalidad consciente separada del cuerpo. Job 34:14-15 y Sal. 146:4 muestran que cuando Dios retira ese aliento, el hombre muere y sus pensamientos perecen. El hecho de que el principio de vida vuelva a Dios no significa

que el muerto siga pensando, viendo o hablando. Significa que la vida depende enteramente del Creador.

Objeción 3: “Jesús dijo que Lázaro dormía; eso fue solo una forma poética.”

Respuesta:

Cristo mismo explicó el sentido de sus palabras. Primero dijo “Lázaro duerme”, y después aclaró: “Lázaro ha muerto” (Jn. 11:11-14). De modo que, para Jesús, la muerte del creyente puede compararse con un sueño, no porque el muerto siga consciente, sino porque la muerte no es definitiva para aquel a quien Cristo resucitará. El punto no es poesía vacía; es doctrina llena de esperanza.

Objeción 4: “Si los muertos están inconscientes, entonces la muerte parece demasiado absoluta.”

Respuesta:

La muerte es realmente seria y real. La Biblia nunca la minimiza. La llama enemigo (1 Cor. 15:26). Pero no es definitiva para los que están en Cristo. La esperanza del evangelio no consiste en negar la realidad de la muerte, sino en anunciar la resurrección. El creyente duerme en el Señor hasta que la voz de Cristo lo

despierte. Esa esperanza es más bíblica y más gloriosa que la teoría de una supervivencia natural del alma.

Objeción 5: “Entonces, ¿dónde están los justos que murieron?”

Respuesta:

La Biblia responde: están en el sepulcro, descansando, durmiendo en el polvo, esperando la resurrección (Dan. 12:2; Jn. 5:28-29; 1 Tes. 4:16). No están recibiendo ya la recompensa final, porque la corona será dada en la venida de Cristo (2 Tim. 4:8). La gloria del justo no comienza plenamente en el instante de la muerte, sino en la resurrección y glorificación final.

COMENTARIO EGW

Elena G. de White enseña de manera consistente que la muerte es un estado de inconsciencia hasta la resurrección. Al referirse a la condición de los muertos, insiste en que no están alabando a Dios en el cielo ni sufriendo en un infierno consciente, sino descansando hasta el día en que Cristo los llame.

Véase:

- Elena G. de White, *El Conflicto de los Siglos*, cap. 33, “El primer gran engaño”.
- Elena G. de White, *El Conflicto de los Siglos*, cap. 34, “¿Pueden hablarnos nuestros muertos?”
- Elena G. de White, *El Deseado de Todas las Gentes*, cap. 58, “Lázaro, sal fuera”.
- Elena G. de White, *Patriarcas y Profetas*, cap. 55, “La generosidad de David”.
- Elena G. de White, *El Evangelismo*, p. 439.

En particular, al comentar la muerte de Lázaro, White muestra que él no había subido a una esfera de bienaventuranza consciente, sino que estaba dormido, y que la voz de Cristo lo llamó nuevamente a la vida.

COMENTARIO CBA

El **Comentario Bíblico Adventista** resalta que el lenguaje bíblico sobre la muerte debe tomarse en armonía con toda la Escritura. En sus notas sobre **Ecl. 9:5-6, 10**, muestra que el pasaje enseña la cesación de la conciencia y de la participación en la vida presente. En **Jn. 11**, subraya que Cristo comparó la muerte con el sueño y que esa figura expresa inconsciencia

temporal hasta la resurrección. Y en **1 Tes. 4:13-17**, el CBA destaca que la esperanza del creyente está centrada en la venida de Cristo y en la resurrección de los santos, no en una supuesta entrada inmediata al cielo al morir.

Véase:

- **Comentario Bíblico Adventista, t. 3, comentario sobre Ecl. 9:5-6, 10; 12:7.**
- **Comentario Bíblico Adventista, t. 5, comentario sobre Jn. 11:11-14, 24.**
- **Comentario Bíblico Adventista, t. 7, comentario sobre 1 Tes. 4:13-17 y 2 Tim. 4:8.**
- **Comentario Bíblico Adventista, t. 4, comentario sobre Dan. 12:2.**

NOTA APOLOGÉTICA

Uno de los errores más peligrosos del cristianismo popular es hablar de la muerte de una forma que contradice la Biblia. Se dice: “ya está en mejor lugar”, “ya está viendo a sus familiares”, “ya está intercediendo”, “ya está cuidándonos desde el cielo”. Pero aunque esas frases parezcan consoladoras, no nacen del lenguaje bíblico. La verdadera consolación

cristiana no es inventar actividad consciente para los muertos, sino señalar al creyente hacia la resurrección en Cristo. La esperanza bíblica no dice: “tu ser querido no murió realmente”. Dice: “durmió en Cristo y será levantado por su voz”.

CIERRE DEL CAPÍTULO

Cuando una persona muere, según la Biblia, vuelve al polvo, cesan sus pensamientos, desciende al silencio y queda en estado de inconsciencia hasta la resurrección. No continúa una existencia consciente en otra esfera. No conversa con los vivos. No recibe todavía la recompensa final. Descansa, esperando la voz de Cristo.

Esa verdad no debilita la esperanza cristiana; la fortalece. Porque pone toda la confianza no en una supuesta inmortalidad natural del hombre, sino en el poder del Salvador que resucita a los muertos.

CAPÍTULO 4

LA INMORTALIDAD PERTENECE SOLO A DIOS

Una de las afirmaciones más repetidas en la religión popular es esta: “el alma humana es inmortal”.

Muchos la dan por sentada, como si fuera una verdad evidente de la Biblia. Pero cuando se examina la Escritura con cuidado, se descubre algo muy distinto: la inmortalidad no es presentada como una posesión natural del hombre, sino como un atributo propio de Dios y como un don futuro que Cristo concede a sus redimidos.

La Biblia no enseña que el hombre nació inmortal. Enseña que el hombre fue creado dependiente de Dios. Su vida no era inherente, sino sostenida. Gén. 2 muestra que Adán vivía en comunión con su Creador y tenía acceso al árbol de la vida. Después del pecado, Dios le impidió comer de ese árbol “y viva para siempre” (Gén. 3:22). Ese detalle es decisivo. Si el hombre fuera inmortal por naturaleza, cerrar el camino al árbol de la vida no tendría ningún sentido. El mismo relato bíblico muestra que la vida perpetua del hombre dependía de Dios y de los medios que Él había establecido.

Por eso la inmortalidad, en el sentido absoluto y esencial, pertenece solo a Dios. Pablo lo declara con una claridad que debería cerrar el debate: Dios es el que “solo tiene inmortalidad” (1 Tim. 6:16). La expresión no admite competencia. No dice que Dios tenga una inmortalidad mayor y el hombre una menor. No dice que Dios la tenga por esencia y el hombre por naturaleza creada. Dice que **solo** Él la tiene. Esa inmortalidad es propia de su ser. Él no depende de nadie para existir. No recibe la vida de una fuente externa. Es el Viviente por sí mismo.

Esto armoniza con 1 Tim. 1:17, donde Dios es llamado “Rey de los siglos, inmortal, invisible”. La inmortalidad es un atributo divino. En cambio, el hombre es descrito en la Biblia como mortal. Su vida puede extinguirse. Su existencia depende del soplo de Dios. Y su esperanza no consiste en una inmortalidad innata, sino en recibir vida eterna por medio de Cristo.

Aquí es donde muchos confunden dos cosas distintas: **vida e inmortalidad**. El hombre vive ahora, pero no por eso es inmortal. Vive de manera dependiente, frágil, caduca. La prueba es evidente: enferma, envejece y muere. La inmortalidad, en cambio, implica incorruptibilidad, imposibilidad de muerte, existencia perpetua no sujeta a disolución. Esa no es la condición

actual del hombre. Por eso Pablo dice que los creyentes buscan “gloria y honra e inmortalidad” (Rom. 2:7). Nadie busca lo que ya posee por naturaleza. Si el hombre fuera inmortal desde su creación, este lenguaje no tendría sentido.

Aún más claro es 1 Cor. 15:51-54. Allí Pablo no dice que en la muerte se libera una parte inmortal del hombre. Dice que en la resurrección “esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad”. Observe bien el lenguaje: el hombre es ahora **mortal**, y debe vestirse de inmortalidad. No la posee ya. No la manifiesta solo más plenamente. Debe recibirla. Y eso ocurre no al morir, sino “a la final trompeta”, cuando Cristo venga y resucite a los suyos.

Ese punto destruye la doctrina del alma inmortal. Si el hombre ya fuera inmortal en una parte esencial de su ser, Pablo habría dicho que en la resurrección el cuerpo se reúne con el alma inmortal. Pero no dice eso. Dice que el mortal se viste de inmortalidad. La esperanza bíblica no es la supervivencia natural del alma, sino la transformación gloriosa de la persona entera por el poder de Dios.

También 2 Tim. 1:10 es muy importante. Allí leemos que Cristo Jesús “quitó la muerte y sacó a luz la vida y

la inmortalidad por el evangelio”. Esto significa que la inmortalidad no es un dato obvio de la naturaleza humana, sino una realidad revelada y otorgada en relación con la obra de Cristo. La inmortalidad del creyente no se explica por lo que el hombre es en sí mismo, sino por lo que Cristo hizo y hará por él.

La vida eterna, entonces, no reside en el hombre por naturaleza. Reside en Cristo. “Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida” (1 Jn. 5:11-12). Este texto es definitivo. No dice que todo ser humano posee vida eterna por ser alma inmortal. Dice que la vida está en el Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida. El que no lo tiene, no la tiene. La vida eterna no es una posesión universal del ser humano; es un don cristocéntrico.

Esto explica también Jn. 3:16. Cristo no dijo que el incrédulo vivirá eternamente en otra condición. Dijo que el que cree “no se pierda, mas tenga vida eterna”. La alternativa bíblica es perecer o tener vida eterna. No es vivir para siempre en felicidad o vivir para siempre en tormento como si ambos grupos compartieran la misma inmortalidad natural. El contraste es mucho más radical: vida o perdición.

Por eso la idea de que todos los seres humanos son inmortales por esencia, ya sea para dicha o para miseria, no encaja bien con el lenguaje bíblico. La Escritura enseña que los redimidos recibirán inmortalidad en la resurrección. Los impíos, en cambio, enfrentarán el juicio y la destrucción final. La inmortalidad no es la condición común de justos e impíos; es el don prometido a los que están en Cristo.

La escena final de la Biblia vuelve a conectar este tema con el árbol de la vida. Apoc. 22 presenta a los redimidos con derecho al árbol de la vida. Eso demuestra nuevamente que la vida eterna del hombre no es autónoma ni inherente. En la nueva tierra, aun glorificados, los salvos viven por la provisión divina, no por una independencia ontológica respecto de Dios. La inmortalidad del redimido es real, pero siempre derivada, otorgada y sostenida por el Señor.

Otro detalle importante es este: si el hombre fuera inmortal por naturaleza, la muerte no sería realmente muerte. Sería solo cambio de estado. Pero la Biblia insiste en que la paga del pecado es muerte (Rom. 6:23). Y si el pecador, en el fondo, no puede morir porque posee un alma indestructible, entonces la serpiente habría tenido razón al decir “No moriréis” (Gén. 3:4). Allí está el problema teológico central. La

doctrina del alma inmortal suaviza la sentencia divina y le da nueva vida a la mentira del Edén.

Por el contrario, el evangelio exalta a Cristo precisamente porque Él es la respuesta divina al problema real de la muerte. Cristo vino a vencer la muerte, no a confirmar que en realidad nunca morimos. Si la muerte fuera solo una ilusión para la parte esencial del hombre, la victoria de Cristo sobre la muerte quedaría disminuida. Pero la Biblia enseña algo infinitamente más glorioso: el hombre muere de verdad, y Cristo lo resucita de verdad.

De allí que la inmortalidad bíblica sea siempre futura para el creyente en su fase plena y gloriosa. Ya tenemos la promesa de la vida eterna en Cristo, pero su manifestación consumada ocurrirá cuando este cuerpo corruptible sea transformado. Mientras tanto, los muertos en Cristo duermen, esperan, descansan. No están ejerciendo una inmortalidad consciente separada del cuerpo. Aguardan la voz del Salvador.

Esta enseñanza no disminuye la esperanza; la purifica. Quita la confianza de una supuesta inmortalidad natural del hombre y la coloca completamente en Cristo. Nuestra seguridad no está en una cualidad inmortal que poseamos, sino en el poder de Aquel que

vive para siempre y que prometió: “porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Jn. 14:19).

OBJECIONES Y RESPUESTAS

Objeción 1: “Si el hombre fue creado a imagen de Dios, debe ser inmortal como Dios.”

Respuesta:

Ser creado a imagen de Dios no significa compartir todos sus atributos incomunicables. El hombre no es omnipotente, ni omnisciente, ni omnipresente, y tampoco es inmortal por naturaleza. La imagen de Dios en el hombre apunta a dimensiones morales, relacionales y representativas, no a igualdad esencial con el Creador. La Biblia reserva la inmortalidad absoluta a Dios: “solo tiene inmortalidad” (1 Tim. 6:16).

Objeción 2: “Pablo dice que Cristo sacó a luz la inmortalidad; eso prueba que el alma ya la tenía.”

Respuesta:

No. 2 Tim. 1:10 no enseña que Cristo confirmó una inmortalidad natural del hombre. Enseña que por medio del evangelio trajo a plena luz la vida y la

inmortalidad. Es decir, reveló y garantizó la inmortalidad como don redentor, no como posesión natural de toda alma. La inmortalidad del creyente está ligada a Cristo y a su victoria sobre la muerte.

Objeción 3: “Si el alma no es inmortal, entonces el creyente no tiene nada especial al morir.”

Respuesta:

Sí tiene algo glorioso: descansa en Cristo con la seguridad de la resurrección. La esperanza bíblica no consiste en un alma inmortal que se escapa del cuerpo, sino en la certeza de que el Señor levantará a sus hijos en el día postrero (Jn. 6:40; 1 Tes. 4:16). El valor del creyente no está en poseer inmortalidad propia, sino en pertenecer a Aquel que es la resurrección y la vida.

Objeción 4: “Los impíos también deben ser inmortales, porque de otro modo no podrían recibir castigo eterno.”

Respuesta:

La Biblia nunca enseña que el castigo eterno dependa de una inmortalidad natural del alma. Más bien enseña que los impíos perecerán, serán destruidos y recibirán la paga de sus obras. La eternidad del castigo apunta a la irrevocabilidad del juicio divino y a sus

consecuencias finales, no necesariamente a una vida interminable en tormento basada en un alma indestructible. La Escritura pone el énfasis en la justicia de Dios y en la destrucción final del mal, no en la inmortalidad innata del pecador.

Objeción 5: “Enoc, Elías y Moisés demuestran que el hombre es inmortal.”

Respuesta:

No lo demuestran. Enoc fue trasladado, Elías fue llevado al cielo y Moisés aparece como caso excepcional relacionado con resurrección especial. Pero las excepciones milagrosas no definen la naturaleza común del hombre. Más bien confirman que cuando alguien entra en gloria es por acto especial de Dios, no por una inmortalidad automática de toda persona al morir.

COMENTARIO EGW

Elena G. de White enseña de manera consistente que la inmortalidad no es una posesión natural del hombre, sino un don de Dios por medio de Cristo. Ella conecta la doctrina del alma inmortal con la mentira original de

la serpiente y muestra que la vida eterna pertenece a los redimidos solo en unión con Cristo.

Véase:

- Elena G. de White, *El Conflicto de los Siglos*, cap. 33, “El primer gran engaño”.
- Elena G. de White, *Patriarcas y Profetas*, cap. 3, “La tentación y la caída”.
- Elena G. de White, *El Deseado de Todas las Gentes*, cap. 58, “Lázaro, sal fuera”.
- Elena G. de White, *Testimonios para la Iglesia*, t. 8, sección sobre el árbol de la vida y la dependencia del hombre de Dios para la vida.

White insiste en que la inmortalidad fue colocada por Dios bajo condición de obediencia y acceso al árbol de la vida, y que después de la caída el hombre quedó sujeto a la muerte, dependiendo enteramente de la redención en Cristo.

COMENTARIO CBA

El **Comentario Bíblico Adventista** subraya en **Gén. 3:22-24** que el acceso al árbol de la vida estaba ligado a

la continuidad de la vida humana, lo cual demuestra que el hombre no poseía inmortalidad inherente. Al comentar **1 Tim. 6:16**, destaca que la inmortalidad esencial pertenece solo a Dios. Y en **1 Cor. 15:51-54** explica que la inmortalidad será concedida a los redimidos en la resurrección, cuando lo mortal sea transformado por el poder divino.

Véase:

- **Comentario Bíblico Adventista, t. 1, comentario sobre Gén. 3:22-24.**
- **Comentario Bíblico Adventista, t. 7, comentario sobre 1 Tim. 6:16.**
- **Comentario Bíblico Adventista, t. 6, comentario sobre 1 Cor. 15:51-54.**
- **Comentario Bíblico Adventista, t. 7, comentario sobre 2 Tim. 1:10 y 1 Jn. 5:11-12.**

NOTA APOLOGÉTICA

El error de atribuir inmortalidad natural al hombre parece exaltar su dignidad, pero en realidad disminuye la centralidad de Cristo. Si el hombre ya posee vida indestructible en sí mismo, entonces Cristo no sería el único dador de vida, sino apenas quien mejora una

condición que el hombre ya tenía. Pero el evangelio enseña lo contrario: fuera de Cristo no hay vida eterna. Toda seguridad, toda permanencia y toda gloria futura dependen de Él.

CIERRE DEL CAPÍTULO

La Biblia no enseña que el hombre sea inmortal por naturaleza. Enseña que solo Dios tiene inmortalidad en sí mismo, y que el ser humano, por causa del pecado, está sujeto a la muerte. La vida eterna no nace del hombre; viene de Cristo. La inmortalidad no se libera en la muerte; se recibe en la resurrección.

Ese punto es decisivo. Porque si la inmortalidad pertenece solo a Dios, entonces toda esperanza verdadera debe estar centrada en su Hijo. No vivimos eternamente porque tengamos un alma inmortal. Viviremos eternamente porque Cristo venció la muerte y nos vestirá de inmortalidad en su venida.

CAPÍTULO 5

LA MUERTE COMO SUEÑO Y LA ESPERANZA DE LA RESURRECCIÓN

La Biblia no solo enseña que los muertos están inconscientes. También usa una figura muy precisa para describir su estado: **el sueño**. Esta expresión no aparece una sola vez ni en un texto aislado. Recorre la Escritura desde el Antiguo Testamento hasta el Nuevo, y sirve para mostrar dos verdades al mismo tiempo: primero, que la muerte implica cese de actividad consciente; segundo, que para el creyente no es un estado final, sino temporal, porque habrá un despertar glorioso en la resurrección.

Dios no escogió esta figura por casualidad. Cuando una persona duerme, queda inconsciente del mundo que la rodea. No participa en las actividades del día. No piensa, obra ni conversa como quien está despierto. Y, sin embargo, el sueño no es definitivo. Tiene un despertar. De la misma manera, la Biblia presenta la muerte del creyente: real, silenciosa, inconsciente, pero no eterna para quien está en Cristo.

En el Antiguo Testamento, la expresión aparece con frecuencia. A muchos reyes se les describe con la frase:

“durmió con sus padres” (1 Rey. 2:10; 11:43; 14:20, y muchos otros casos). Esa forma de hablar no presenta a los muertos como almas activas en otra esfera, sino como personas que descansan en la muerte. Daniel 12:2 usa un lenguaje todavía más claro: “Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados”. Observe la secuencia bíblica: duermen, están en el polvo, y luego son despertados. No dice que están viviendo conscientemente en el cielo y después regresan por un cuerpo. Dice que duermen en el polvo hasta ser despertados.

Cristo confirmó esta enseñanza de manera directa. Cuando Lázaro murió, Jesús dijo: “Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarlo” (Jn. 11:11). Los discípulos entendieron mal, pensando en el sueño natural. Entonces Jesús aclaró: “Lázaro ha muerto” (Jn. 11:14). Es decir, Cristo mismo interpretó el sueño como una figura de la muerte. Y no solo eso: habló de ir a **despertarlo**. Esa palabra es preciosa, porque revela que la muerte, aunque real, no es definitiva para Aquel que tiene autoridad sobre la tumba.

Marta entendía esta esperanza. Cuando Jesús le dijo que su hermano resucitaría, ella no respondió: “Señor, ya está vivo contigo en el cielo”. Dijo: “Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero” (Jn.

11:24). Esa era la esperanza bíblica: no una supervivencia natural del alma, sino la resurrección final por el poder del Mesías.

El Nuevo Testamento mantiene el mismo lenguaje. Esteban, al morir, “durmió” (Hch. 7:60). Pablo habla de los creyentes que “durmieron” en Cristo (1 Cor. 15:18). Y en 1 Tes. 4:13-18, uno de los pasajes más importantes sobre este tema, el apóstol escribe: “Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen”. Luego explica que, cuando el Señor descienda del cielo, “los muertos en Cristo resucitarán primero” (v. 16). Note la armonía perfecta del pasaje. Los muertos en Cristo no son descritos como plenamente glorificados antes de la venida; son descritos como dormidos, y en la venida del Señor resucitan.

Este punto es decisivo. Si los creyentes ya estuvieran conscientes y disfrutando la gloria celestial al morir, 1 Tes. 4 perdería su fuerza consoladora. Pablo no les dice a los tesalonicenses: “No lloren, porque sus muertos ya están plenamente en el cielo”. Los consuela dirigiendo su mirada al retorno de Cristo y a la resurrección futura. La esperanza cristiana no está centrada en el momento de la muerte, sino en la venida del Señor.

Lo mismo ocurre en 1 Cor. 15, el gran capítulo de la resurrección. Pablo declara que si no hay resurrección, “también los que durmieron en Cristo perecieron” (v. 18). Esa afirmación no tendría sentido si Pablo creyera que los muertos ya disfrutaran conscientemente de la gloria celestial. Pero para él, sin resurrección no hay esperanza completa. El cristianismo bíblico no descansa en un alma inmortal que nunca muere realmente; descansa en un Cristo resucitado que levantará a los suyos del sepulcro.

Además, la figura del sueño honra la centralidad de Cristo. Un hombre dormido no puede despertarse por sí mismo. Necesita ser despertado. Así también el muerto depende enteramente de la voz del Hijo de Dios. Jesús dijo: “Vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz” (Jn. 5:28-29). Esa es la esperanza. No una vida autónoma del hombre después de la muerte, sino la intervención soberana de Cristo llamando a los muertos a salir de sus tumbas.

También debemos notar que la Biblia no usa la idea del sueño para negar la realidad de la muerte. No enseña que la muerte sea una ilusión. Lázaro realmente murió. Esteban realmente murió. David realmente murió. La expresión “sueño” se usa para describir el carácter temporal e inconsciente de la muerte del

creyente, no para suavizar la tragedia del pecado. La muerte sigue siendo enemiga. Pero para el cristiano es una enemiga vencida, una pausa antes del despertar final.

Esto explica por qué Pablo puede hablar de la muerte con sobriedad, pero también con esperanza. No la presenta como una liberación de un alma inmortal, sino como una condición transitoria en espera de la resurrección. Cuando Cristo venga, no vendrá simplemente a reunirse con almas que ya están disfrutando el cielo. Vendrá a despertar a los que duermen, a transformar a los vivos, y a vestir a su pueblo de inmortalidad (1 Cor. 15:51-54).

Aquí aparece una diferencia enorme entre la esperanza bíblica y la tradición popular. La tradición popular consuela diciendo: “ya está en el cielo”, “ya está viendo a sus seres queridos”, “ya no necesita esperar nada”. Pero la Biblia consuela de otra manera: “duerme en Cristo”, “resucitará”, “el Señor vendrá”, “los muertos en Cristo resucitarán primero”, “y así estaremos siempre con el Señor” (1 Tes. 4:16-17). La esperanza bíblica es profundamente cristocéntrica y escatológica.

La figura del sueño también protege contra el error del espiritismo. Si los muertos duermen, entonces no están vagando, observando a los vivos, respondiendo oraciones o apareciéndose a sus familiares. Toda supuesta comunicación con ellos debe ser rechazada. El que acepta la enseñanza bíblica del sueño de la muerte queda protegido contra una multitud de engaños religiosos y sobrenaturales.

Finalmente, la muerte como sueño exalta la resurrección. En la teología popular, la resurrección a veces queda reducida a un complemento innecesario, porque se supone que la persona ya recibió su premio completo al morir. Pero en la Biblia la resurrección ocupa el centro. Cristo resucitó como “primicias” (1 Cor. 15:20), y sus hijos serán levantados en su venida. El sueño de la muerte terminará cuando suene la trompeta final, cuando el sepulcro entregue a sus muertos, y cuando lo mortal sea absorbido por la vida.

Por eso el lenguaje bíblico es tan hermoso y tan poderoso. El creyente que muere no desaparece para siempre. Tampoco sigue viviendo conscientemente por su propia naturaleza. **Duerme en Cristo.** Y porque duerme en Cristo, despertará por la voz de Cristo.

OBJECIONES Y RESPUESTAS

Objeción 1: “La muerte como sueño es solo una manera poética de hablar; no enseña nada sobre inconsciencia.”

Respuesta:

Sí enseña. La Biblia no usa la figura del sueño de forma vacía. La conecta con el polvo, el sepulcro y el despertar futuro. Dan. 12:2 dice que “duermen en el polvo de la tierra” y luego “serán despertados”. En Jn. 11:11-14, Jesús mismo define el “sueño” de Lázaro como su muerte. En 1 Tes. 4:13-16, los que duermen son los mismos que resucitan en la venida de Cristo. La figura no es meramente decorativa; describe el estado temporal e inconsciente de los muertos.

Objeción 2: “Dormir no significa estar inconsciente, porque los sueños implican actividad.”

Respuesta:

La comparación bíblica no se basa en todos los detalles del sueño fisiológico moderno, sino en su rasgo central: suspensión de actividad consciente respecto al mundo presente. La Biblia misma aclara el

sentido con textos como Ecl. 9:5-6, 10 y Sal. 146:4, donde los muertos nada saben, sus pensamientos perecen y no hay obra ni sabiduría en el sepulcro. Por tanto, el “sueño” de la muerte armoniza con la inconsciencia enseñada en otros pasajes.

Objeción 3: “Si los muertos solo duermen, entonces la muerte parece igual para justos e impíos.”

Respuesta:

En un sentido, ambos mueren y esperan resurrección. Pero no esperan lo mismo. Dan. 12:2 y Jn. 5:28-29 enseñan dos resurrecciones en cuanto a resultado: unos para vida eterna y otros para vergüenza y confusión perpetua; unos para resurrección de vida y otros para resurrección de condenación. La diferencia no está en una conciencia intermedia distinta, sino en el destino final determinado por su relación con Dios.

Objeción 4: “Dios es Dios de vivos, no de muertos; por lo tanto, los patriarcas están vivos ahora.”

Respuesta:

Cristo usa esa expresión para afirmar la certeza de la resurrección, no para enseñar que Abraham, Isaac y

Jacob ya están viviendo conscientemente en el cielo como almas desencarnadas. Dios puede hablar de sus siervos como vivos porque su pacto con ellos sigue en pie, y porque para Él la resurrección es segura. El contexto de Mat. 22 trata precisamente de la resurrección, no de la inmortalidad natural del alma.

Objeción 5: “Si el creyente queda inconsciente al morir, entonces pierde comunión con Cristo.”

Respuesta:

No la pierde. Desde la perspectiva del creyente, el siguiente momento consciente después de cerrar los ojos en la muerte será abrirlos ante la voz de Cristo en la resurrección. Aunque históricamente pase tiempo, para el que duerme en la tumba no hay percepción del transcurso. Por eso la esperanza del creyente sigue siendo preciosa y segura: duerme en Cristo y despertará con Cristo.

COMENTARIO EGW

Elena G. de White usa repetidamente la expresión bíblica de que los muertos “duermen” hasta la resurrección. Ella enseña que la muerte no introduce al

creyente en una conciencia activa en el cielo, sino en un descanso inconsciente hasta que Cristo lo llame.

Véase:

- **Elena G. de White, *El Deseado de Todas las Gentes*, cap. 58, “Lázaro, sal fuera”.** Allí muestra que Lázaro no había subido a una esfera de gloria consciente, sino que dormía hasta que Cristo lo despertó.
- **Elena G. de White, *El Conflicto de los Siglos*, cap. 33, “El primer gran engaño”.**
- **Elena G. de White, *El Conflicto de los Siglos*, cap. 34, “¿Pueden hablarnos nuestros muertos?”**
- **Elena G. de White, *Patriarcas y Profetas*, cap. 67, “La muerte de David”.**

White destaca que los muertos descansan en sus tumbas hasta la mañana de la resurrección, y que la verdadera esperanza del creyente está en el regreso de Cristo.

COMENTARIO CBA

El **Comentario Bíblico Adventista** subraya que la comparación de la muerte con el sueño es una figura bíblica constante que apunta al carácter temporal y a la inconsciencia del estado de los muertos. En **Jn. 11**, destaca que Cristo describió la muerte de Lázaro como sueño y luego explicó claramente que había muerto. En **1 Tes. 4:13-17**, el CBA enfatiza que el consuelo apostólico se centra en la venida del Señor y la resurrección de los que durmieron. Y en **1 Cor. 15**, resalta que la esperanza cristiana depende de la resurrección corporal y de la transformación final del creyente.

Véase:

- **Comentario Bíblico Adventista, t. 5, comentario sobre Jn. 11:11-14, 24-25.**
- **Comentario Bíblico Adventista, t. 4, comentario sobre Dan. 12:2.**
- **Comentario Bíblico Adventista, t. 6, comentario sobre 1 Cor. 15:18-23, 51-54.**
- **Comentario Bíblico Adventista, t. 7, comentario sobre 1 Tes. 4:13-17.**

NOTA APOLOGÉTICA

La doctrina del sueño de la muerte no debilita la esperanza del creyente; la limpia de elementos extraños. Le quita al hombre cualquier idea de inmortalidad propia y pone toda la atención en la obra de Cristo. El muerto no se sostiene a sí mismo. No vive por naturaleza. No asciende por poder propio. Duerme, esperando la voz del Salvador. Esa verdad humilla al hombre, exalta a Cristo y protege a la iglesia contra el espiritismo.

CIERRE DEL CAPÍTULO

La Biblia llama a la muerte un sueño porque describe con precisión su realidad para el creyente: descanso, inconsciencia y espera. No es aniquilación definitiva, pero tampoco es vida consciente en otra esfera. Es un sueño del cual Cristo despertará a los suyos en la mañana gloriosa de la resurrección.

Por eso la esperanza cristiana no mira primero al momento de la muerte, sino al día de la venida del Señor. Allí termina el sueño. Allí se abre la tumba. Allí los muertos en Cristo resucitan. Allí la iglesia verá la victoria completa de su Salvador sobre la muerte.

CAPÍTULO 7

MOISÉS, ELÍAS Y LA TRANSFIGURACIÓN

Uno de los argumentos más usados para defender la conciencia de los muertos es la escena de la transfiguración. Se cita Mat. 17:1-3 y se dice: “Ahí está la prueba. Moisés murió, y apareció hablando con Cristo. Por lo tanto, los muertos siguen vivos y conscientes”. A primera vista, para quien lee superficialmente, el argumento parece fuerte. Pero cuando se examina el contexto completo, sucede lo contrario: la transfiguración no destruye la doctrina bíblica sobre el estado de los muertos; más bien la confirma y la ilumina.

Primero debemos comenzar con el dato más sencillo y más ignorado: **Elías no murió**. La Escritura dice claramente que “aconteció que yendo ellos y hablando, he aquí un carro de fuego con caballos de fuego apartó a los dos; y Elías subió al cielo en un torbellino” (2 Rey. 2:11). Por lo tanto, en el caso de Elías no estamos ante un muerto que volvió a hablar. Estamos ante un hombre trasladado vivo por Dios. Así que usar a Elías como prueba de que los muertos están conscientes es un error básico, porque Elías no pertenece al grupo de los muertos.

El caso de Moisés es distinto. Él sí murió. Deut. 34:5 dice: “Y murió allí Moisés siervo de Jehová”. También fue sepultado por Dios, y ningún hombre conoció su sepultura (Deut. 34:6). Sin embargo, la escena de la transfiguración no presenta a Moisés como un alma desencarnada, flotando o existiendo como espíritu separado del cuerpo. El texto dice sencillamente: “les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él” (Mat. 17:3). La pregunta correcta, entonces, no es si Moisés estaba vivo en alguna forma consciente después de la muerte por poseer un alma inmortal. La pregunta correcta es esta: **¿había sido Moisés levantado por Dios de manera excepcional?**

La respuesta bíblica apunta en esa dirección. Jud. 9 menciona un hecho muy significativo: “Pero cuando el arcángel Miguel contendía con el diablo, disputando con él por el cuerpo de Moisés, no se atrevió a proferir juicio de maldición contra él, sino que dijo: El Señor te reprenda”. Ese texto no describe un simple recuerdo funerario. Habla de una disputa por el **cuerpo** de Moisés. La referencia cobra sentido si se entiende que hubo una intervención divina especial respecto al cuerpo del profeta. La Escritura no detalla allí toda la escena, pero la conexión entre Jud. 9 y la transfiguración es muy fuerte: Moisés aparece siglos

después no como espíritu flotante, sino como persona real, en relación con una acción divina sobre su cuerpo.

Esto armoniza perfectamente con toda la Biblia. Moisés no aparece en la transfiguración para probar que todos los muertos siguen vivos conscientemente. Aparece como un caso excepcional, ligado a una resurrección especial y a un propósito profético singular. No es un ejemplo de la condición común de los muertos. Es una excepción milagrosa de Dios.

Además, el mismo contexto de la transfiguración impide usarla como prueba general. Jesús acababa de hablar del reino y de la gloria futura. Al final de Mat. 16 declaró: “hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que hayan visto al Hijo del Hombre viniendo en su reino” (Mat. 16:28).

Inmediatamente después viene la transfiguración en Mat. 17. Es decir, la escena funciona como un adelanto, una miniatura, una vista previa de la gloria del reino venidero.

Eso explica por qué están allí Cristo glorificado, Moisés y Elías. La escena es un anticipo del triunfo final de Cristo. En ella aparecen representadas dos clases de redimidos. **Moisés representa a los justos**

que murieron y serán levantados. Elías representa a los justos que estarán vivos y serán trasladados sin ver muerte. Esa es la fuerza simbólica y profética del evento. No fue organizada para enseñar que todos los muertos están conscientes, sino para revelar la gloria futura de Cristo y el destino final de sus santos.

Hay todavía otro punto decisivo: la transfiguración fue llamada una **visión**. Jesús dijo a Pedro, Jacobo y Juan: “No digáis a nadie la visión, hasta que el Hijo del Hombre resucite de los muertos” (Mat. 17:9). Esa expresión no significa que lo que vieron fuera falso, pero sí indica que el evento tenía carácter revelador, profético y especial. No era una escena ordinaria del estado intermedio de todos los muertos. Era una manifestación extraordinaria dada a tres discípulos para fortalecer su fe y mostrarles la gloria del reino venidero.

La palabra “visión” aquí es muy importante. Impide convertir la escena en una descripción doctrinal universal del estado de los muertos. Cristo no estaba enseñando que cualquier difunto está activo y conversando en otra esfera. Estaba concediendo a sus discípulos una revelación anticipada de su majestad.

También debe observarse el contenido de la conversación. Luc. 9:30-31 dice que Moisés y Elías “hablaban de su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén”. El centro del episodio no es Moisés. No es Elías. No es la condición de los muertos. El centro es Cristo y su obra redentora. Todo gira alrededor de la cruz, la gloria y el reino del Hijo de Dios. Por eso es un grave error tomar esta escena centrada en Cristo y torcerla para usarla como una prueba de la inmortalidad natural del alma.

Además, la doctrina bíblica general sobre los muertos sigue en pie y no puede ser anulada por una escena extraordinaria. Ecl. 9:5 dice que “los muertos nada saben”. Job 7:9-10 enseña que el muerto no vuelve a su casa. Dan. 12:2 presenta a los muertos durmiendo en el polvo hasta ser despertados. Jn. 5:28-29 enseña la resurrección futura de los que están en los sepulcros. 1 Tes. 4:16 declara que “los muertos en Cristo resucitarán primero” cuando el Señor vuelva. Ninguno de esos textos es contradicho por la transfiguración. Al contrario, Moisés, como caso excepcional levantado por Dios, confirma que la esperanza del justo no está en un alma inmortal, sino en la victoria divina sobre la muerte.

También hay una armonía profunda entre Moisés y Cristo. Moisés murió y, de manera extraordinaria, fue levantado por Dios. Cristo murió y resucitó gloriosamente. Moisés aparece en la montaña como testigo del poder de Dios sobre la tumba. No como prueba de que la tumba no existe, sino como prueba de que Dios puede vencerla.

Y Elías, que fue trasladado sin ver muerte, prefigura a los santos vivos que serán transformados en la venida de Cristo. Pablo lo enseña con claridad: “No todos dormiremos; pero todos seremos transformados” (1 Cor. 15:51). Y en 1 Tes. 4:17 añade que los vivos serán arrebatados juntamente con los resucitados para recibir al Señor en el aire. Así, la transfiguración presenta en miniatura los dos grupos del pueblo de Dios: los que murieron y serán resucitados, y los que vivirán hasta la segunda venida y serán trasladados.

Por tanto, usar la transfiguración para probar la conciencia natural de los muertos es confundir una excepción gloriosa con una regla universal. La Biblia no enseña que Moisés apareció porque todos los muertos viven conscientemente. Enseña que Moisés apareció porque Dios obró de manera extraordinaria con él. Y enseña que todo el episodio fue una visión profética del reino venidero.

Hay que añadir algo más. Si los opositores quieren usar Mat. 17 como prueba de que Moisés estaba vivo por naturaleza después de morir, entonces destruyen sin querer la doctrina de la resurrección. Porque la escena ya no sería un testimonio del poder de Dios sobre la muerte, sino de la supuesta imposibilidad del hombre de morir realmente. Pero eso contradice todo el testimonio bíblico. La gloria de Moisés no prueba la inmortalidad natural del hombre. Prueba la fidelidad de Dios hacia sus santos.

De modo que la transfiguración, lejos de ser un refugio para la doctrina del alma inmortal, se convierte en una poderosa escena cristológica y escatológica. Muestra a Cristo en su majestad. Muestra a Moisés como representante de los redimidos que duermen y serán levantados. Muestra a Elías como representante de los redimidos que serán trasladados. Y fortalece la esperanza de la iglesia en la resurrección y en la segunda venida.

OBJECIONES Y RESPUESTAS

Objeción 1: “Moisés apareció hablando con Jesús; por lo tanto, los muertos sí hablan.”

Respuesta:

No necesariamente. El pasaje no enseña que todos los muertos están conscientes. Muestra una escena extraordinaria en la que aparece Moisés junto con Elías. Elías no había muerto, así que ya desde allí el argumento queda debilitado. Y respecto a Moisés, Jud. 9 sugiere una intervención divina especial sobre su cuerpo. Por tanto, la explicación bíblica más sólida es que Moisés fue un caso excepcional, no una muestra del estado normal de todos los muertos.

Objeción 2: “El texto no dice que Moisés resucitó; entonces no se puede afirmar eso.”

Respuesta:

El texto de Mat. 17 no lo dice de forma directa, pero Jud. 9 aporta una pieza clave al mencionar la disputa por el cuerpo de Moisés. Además, Moisés aparece como persona real, no como “alma” o “espíritu” separado del cuerpo. La conclusión armoniosa con toda la Biblia es que Dios actuó de manera especial con él. Esta explicación preserva la doctrina general de la muerte como sueño y la esperanza de la resurrección.

Objeción 3: “Si fue una visión, entonces Moisés y Elías no estaban realmente allí.”

Respuesta:

La palabra “visión” en Mat. 17:9 no significa necesariamente ilusión o falsedad. Significa una revelación dada por Dios, con propósito profético. La escena fue real como revelación divina, pero precisamente por ser visión no puede usarse como retrato universal del estado de todos los muertos. Era una manifestación especial de la gloria del reino, no una clase doctrinal sobre almas inmortales.

Objeción 4: “Dios es Dios de vivos, así que Moisés seguía vivo.”**Respuesta:**

Dios sí es Dios de vivos, pero eso no prueba inmortalidad natural del alma. La esperanza de los santos está en la resurrección. Si Moisés estaba allí, no era porque la muerte no existe para el hombre, sino porque Dios venció la muerte en su caso de manera excepcional. Eso exalta el poder divino, no una supuesta vida indestructible inherente al ser humano.

Objeción 5: “Entonces, ¿por qué Dios llevó precisamente a Moisés y Elías?”**Respuesta:**

Porque representan dos grupos de redimidos. Moisés

representa a los fieles que murieron y serán resucitados. Elías representa a los fieles vivos que serán trasladados sin ver muerte. La transfiguración no es un argumento a favor del estado consciente de los muertos; es una maqueta profética del reino venidero y de la victoria final de Cristo.

Objeción 6: “Si Moisés fue resucitado, entonces sí hay personas en el cielo antes de la resurrección general.”

Respuesta:

Sí, la Biblia muestra casos excepcionales: Enoc, Elías y Moisés, y también la resurrección especial de algunos santos en Mat. 27:52-53. Pero las excepciones no cambian la regla general. La norma bíblica sigue siendo que los muertos duermen en el polvo esperando la resurrección. Los casos especiales existen por acción soberana de Dios, no porque todo ser humano posea un alma inmortal consciente después de morir.

COMENTARIO EGW

Elena G. de White presenta la transfiguración como una anticipación del reino de gloria. Ella explica que

Moisés y Elías representaban a los redimidos en dos clases: los resucitados y los trasladados.

Véase:

- **Elena G. de White, *El Deseado de Todas las Gentes*, cap. 46, “La transfiguración”.** Allí explica que sobre el monte se representó el reino de Cristo en miniatura: Cristo glorificado, Moisés como representante de los resucitados, y Elías de los trasladados.
- **Elena G. de White, *Patriarcas y Profetas*, cap. 43, “La muerte de Moisés”.** Allí señala que Moisés fue resucitado y llevado al cielo.
- **Elena G. de White, *Primeros Escritos*, sección sobre la resurrección especial y el ministerio de Cristo.**

White no usa la transfiguración para enseñar un alma inmortal, sino para exaltar la resurrección y la glorificación final de los santos.

COMENTARIO CBA

El **Comentario Bíblico Adventista** explica que la transfiguración fue una revelación anticipada del reino

de Cristo. En **Mat. 17**, destaca que la escena debe leerse a la luz de Mat. 16:28 y que representa la gloria futura del Hijo del Hombre. También señala la importancia de **Jud. 9** en relación con Moisés, y presenta a Moisés y Elías como representantes de dos grupos de salvos: los que serán resucitados y los que serán trasladados.

Véase:

- **Comentario Bíblico Adventista, t. 5, comentario sobre Mat. 16:28; 17:1-9.**
- **Comentario Bíblico Adventista, t. 7, comentario sobre Jud. 9.**
- **Comentario Bíblico Adventista, t. 2, comentario sobre Deut. 34:5-6.**
- **Comentario Bíblico Adventista, t. 6, comentario sobre 1 Cor. 15:51-54.**
- **Comentario Bíblico Adventista, t. 7, comentario sobre 1 Tes. 4:16-17.**

NOTA APOLOGÉTICA

Este pasaje suele ser presentado como si fuera un golpe mortal contra la doctrina bíblica del estado de los muertos. En realidad, ocurre lo contrario. La

escena de la transfiguración no enseña que el hombre no muere realmente. Enseña que Dios tiene poder para resucitar y para trasladar. No glorifica la inmortalidad natural del alma. Glorifica a Cristo y la esperanza futura de sus redimidos.

CIERRE DEL CAPÍTULO

La transfiguración no prueba que los muertos estén conscientes por naturaleza. Elías no murió. Y Moisés aparece no como ejemplo de una regla universal, sino como caso excepcional ligado a la resurrección y a la gloria futura. Todo el episodio fue una visión del reino venidero, dada para fortalecer la fe de los discípulos en Cristo.

Así, en lugar de destruir la doctrina bíblica sobre la muerte, la transfiguración la confirma. La esperanza del justo no está en una supervivencia natural del alma, sino en el poder de Dios para levantar a los muertos y transformar a los vivos en la venida gloriosa de Cristo.

CAPÍTULO 8

EL LADRÓN EN LA CRUZ Y EL PARAÍSO

Pocos textos son citados con tanta frecuencia para defender la idea de que el alma va inmediatamente al cielo al morir como Luc. 23:43. Allí Jesús dice al ladrón arrepentido: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso”. A simple vista, muchos concluyen: “Entonces ese mismo día el ladrón y Jesús fueron juntos al paraíso”. Pero esa lectura apresurada tropieza con varios problemas bíblicos serios. Y cuando el pasaje se examina a la luz de toda la Escritura, la conclusión correcta es otra: Cristo no estaba enseñando que el ladrón entraría al paraíso ese mismo viernes, sino que le estaba dando **ese día**, en medio de la cruz, la seguridad solemne de que estaría con Él en el paraíso.

La dificultad principal no está en las palabras, sino en la puntuación. Los manuscritos griegos del Nuevo Testamento fueron escritos originalmente sin la puntuación moderna que hoy aparece en nuestras Biblias. Eso significa que la ubicación de la coma en Luc. 23:43 no es inspirada en el mismo sentido que las palabras del texto. Por lo tanto, el traductor debe

decidir dónde colocarla de acuerdo con la armonía del pasaje y del resto de la Biblia.

Las dos posibilidades son estas:

“De cierto te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso.”

o bien

“De cierto te digo hoy, estarás conmigo en el paraíso.”

La diferencia parece pequeña, pero doctrinalmente es enorme. La primera lectura sugiere entrada inmediata al paraíso ese mismo día. La segunda lectura enfatiza que Jesús, **hoy**, en ese momento de humillación y aparente derrota, le da al ladrón la certeza de su futura salvación.

Ahora bien, la pregunta decisiva es esta: **¿fue Jesús al paraíso ese mismo día?**

La respuesta bíblica es no.

Cuando Cristo murió, fue puesto en el sepulcro. Permaneció en la tumba durante el sábado. Y el domingo por la mañana dijo a María: “No me toques, porque aún no he subido a mi Padre” (Jn. 20:17). Ese texto es definitivo. Si el domingo por la mañana todavía no había subido al Padre, entonces no pudo

haber estado con el ladrón en el paraíso el viernes por la tarde. Por tanto, Luc. 23:43 no puede interpretarse como una afirmación de entrada inmediata de ambos al paraíso ese mismo día.

Este solo hecho obliga a reconsiderar la puntuación tradicional. Cristo no mintió al ladrón. Le habló con verdad. Pero la verdad que le dio no fue: “Hoy iremos juntos al paraíso”, sino: “Hoy te aseguro solemnemente que estarás conmigo en el paraíso”. La fuerza de la frase está en el **hoy** del pronunciamiento, no en el momento inmediato del cumplimiento.

Y esto armoniza perfectamente con el contexto. El ladrón no pidió entrar en el reino ese mismo día. Su petición fue: “Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino” (Luc. 23:42). Él ubicó la esperanza en el futuro, en la venida del reino. Y Jesús respondió asegurándole que esa esperanza no sería en vano. En otras palabras: “Hoy, cuando todo parece perdido, cuando yo estoy clavado en una cruz y tú estás muriendo junto a mí, te doy la seguridad de que estarás conmigo en el paraíso”.

Ese detalle es precioso. Cristo estaba cubierto de sangre, rechazado por los hombres, aparentemente derrotado ante los ojos del mundo. Sin embargo, en

ese momento oscuro habla como Rey y garantiza la vida eterna a un pecador arrepentido. El énfasis del texto, entonces, no es una supuesta inmortalidad natural del alma, sino la autoridad salvadora de Cristo para dar certeza de redención aun desde la cruz.

También debemos preguntarnos: **¿Dónde está el paraíso?**

La Biblia relaciona el paraíso con la presencia de Dios y con el árbol de la vida. Pablo habla de haber sido arrebatado al “paraíso” en conexión con el “tercer cielo” (2 Cor. 12:2-4). Y Apoc. 2:7 ubica el árbol de la vida “en medio del paraíso de Dios”. Luego Apoc. 22:1-2 muestra el árbol de la vida junto al trono de Dios en la Nueva Jerusalén. De modo que el paraíso no es presentado como una estación intermedia adonde las almas van automáticamente al morir, sino como la esfera gloriosa del reino divino, ligada al triunfo final de los redimidos.

Eso concuerda con la enseñanza general de Cristo y de los apóstoles. Jesús enseñó la resurrección “en el día postrero” (Jn. 6:40). Dijo que los muertos están en los sepulcros hasta oír su voz (Jn. 5:28-29). Pablo declaró que los muertos en Cristo resucitarán cuando el Señor descienda del cielo (1 Tes. 4:16). Y afirmó que la corona de justicia le sería dada “en aquel día” de la

venida de Cristo (2 Tim. 4:8). Por tanto, Luc. 23:43 no puede ser usado para destruir todo ese testimonio claro y repetido.

Además, el mismo día de la crucifixión muestra que el ladrón tampoco fue inmediatamente al paraíso. Jn. 19:31-32 dice que los soldados quebraron las piernas de los crucificados para acelerar su muerte. Eso indica que los ladrones aún estaban vivos cuando Jesús ya había muerto. Es decir, ni siquiera el ladrón murió exactamente al mismo tiempo que Cristo. El énfasis del texto no está en el cronograma de una supuesta ascensión inmediata, sino en la promesa dada por Jesús.

Hay otro aspecto importante. En la Biblia, la fórmula “de cierto te digo” o “de cierto os digo” aparece muchas veces en labios de Jesús. Es una expresión solemne de autoridad. En este caso, el “hoy” intensifica la solemnidad del momento. Sería algo así: “Te lo digo hoy, ahora, en este instante dramático de aparente derrota, aunque todo parezca oscuro: estarás conmigo en el paraíso”. El consuelo está en la certeza del cumplimiento, no en una teoría sobre la conciencia inmediata después de la muerte.

Algunos objetan que eso suena forzado. Pero en realidad lo forzado es usar Luc. 23:43 para contradecir textos clarísimos como Jn. 20:17, Ecl. 9:5, Jn. 5:28-29 y 1 Tes. 4:16. La regla sana de interpretación bíblica es que un pasaje difícil o discutido debe entenderse en armonía con los muchos pasajes claros, y no al revés.

Además, la esperanza del ladrón armoniza con la esperanza bíblica de todos los redimidos. Él no fue salvo porque poseía un alma inmortal que subiría automáticamente al cielo. Fue salvo por la gracia de Cristo, y descansó en esa promesa. Murió con la seguridad del reino futuro. Su siguiente momento consciente será, como el de todos los redimidos, el despertar en la resurrección.

Así, Luc. 23:43 no enseña un estado consciente intermedio. Enseña el poder de la gracia de Cristo. Enseña que ningún pecador arrepentido queda fuera del alcance del Salvador, aunque llegue a Él en la última hora. Y enseña que la promesa de la vida eterna descansa en la palabra del Rey crucificado.

Por eso este texto, correctamente entendido, no apoya la inmortalidad del alma. Exalta a Cristo y confirma la esperanza de la resurrección.

OBJECIONES Y RESPUESTAS

Objeción 1: “La coma siempre ha estado allí; por lo tanto, la lectura correcta es que ese mismo día fueron al paraíso.”

Respuesta:

La puntuación no formaba parte de los manuscritos originales como la tenemos hoy. Fue añadida por los copistas y traductores posteriormente. Por eso, la ubicación de la coma debe decidirse de acuerdo con el contexto y la armonía bíblica. Y como Jn. 20:17 dice que el domingo Jesús aún no había subido al Padre, la lectura tradicional no puede ser la correcta en sentido doctrinal.

Objeción 2: “Jesús dijo ‘hoy estarás conmigo’; eso parece clarísimo.”

Respuesta:

Sería clarísimo si no existieran otros textos que obligan a matizar la puntuación. Pero sí existen. Jn. 20:17 demuestra que Cristo no fue al paraíso el viernes. Además, el ladrón pidió ser recordado cuando Cristo viniera en su reino, no ese mismo día. La lectura

coherente es: “De cierto te digo hoy, estarás conmigo en el paraíso”.

Objeción 3: “Tal vez Jesús fue espiritualmente al paraíso aunque físicamente estuvo en la tumba.”

Respuesta:

Eso no es lo que enseña la Biblia. Cristo dijo que aún no había subido al Padre. Hech. 2:27, 31 enseña que su alma no fue dejada en el Hades, es decir, en la tumba, y que resucitó sin ver corrupción definitiva. La Escritura presenta a Jesús realmente muerto y en el sepulcro, no disfrutando conscientemente del paraíso mientras su cuerpo yacía en la tumba.

Objeción 4: “Entonces, ¿por qué Jesús usó la palabra ‘hoy’?”

Respuesta:

Porque el “hoy” da solemnidad y fuerza a la promesa. Aquel día era el día de la cruz, del sufrimiento y de la aparente derrota. Justamente **hoy**, cuando nadie hubiera imaginado un reino, Jesús habla como Rey y garantiza al ladrón su lugar en el paraíso futuro.

Objeción 5: “¿No es demasiado rebuscado cambiar la puntuación?”

Respuesta:

No. Lo rebuscado sería mantener una puntuación que contradice la enseñanza general de la Biblia y las propias palabras de Cristo en Jn. 20:17. La interpretación correcta no nace de preferencia doctrinal, sino de armonizar todos los textos inspirados.

Objeción 6: “Si el ladrón no fue al paraíso ese día, entonces ¿dónde está ahora?”**Respuesta:**

Está descansando en la muerte, como todos los redimidos que murieron en la fe, esperando la resurrección. Su esperanza no fue anulada. Al contrario, fue sellada por la promesa de Cristo. Cuando el Señor venga, el ladrón resucitará con los salvos y estará con Cristo en el paraíso, tal como le fue prometido.

COMENTARIO EGW

Elena G. de White presenta al ladrón arrepentido como un ejemplo poderoso de la gracia salvadora de Cristo, pero no usa este pasaje para enseñar entrada inmediata al cielo al morir. Ella enfatiza la certeza de la

salvación otorgada por Jesús en la cruz y la esperanza futura del reino.

Véase:

- **Elena G. de White, *El Deseado de Todas las Gentes*, cap. 78, “El Calvario”.** Allí muestra que Cristo aseguró al ladrón arrepentido su lugar en el reino.
- **Elena G. de White, *El Conflicto de los Siglos*, cap. 33, “El primer gran engaño”.**
- **Elena G. de White, *El Deseado de Todas las Gentes*, cap. 81, “Ha resucitado”.** Allí armoniza con Jn. 20:17, donde Jesús declara que aún no había subido al Padre.

White exalta la gracia de Cristo hacia el ladrón, pero mantiene la enseñanza general de la Biblia sobre la muerte y la resurrección.

COMENTARIO CBA

El **Comentario Bíblico Adventista** explica que la dificultad de Luc. 23:43 está relacionada con la puntuación y que el pasaje debe entenderse a la luz de Jn. 20:17 y de la enseñanza general de la Escritura

sobre la muerte. También destaca que la petición del ladrón apunta al reino futuro y que la respuesta de Jesús constituye una seguridad solemne de salvación.

Véase:

- **Comentario Bíblico Adventista, t. 5, comentario sobre Luc. 23:42-43.**
- **Comentario Bíblico Adventista, t. 5, comentario sobre Jn. 20:17.**
- **Comentario Bíblico Adventista, t. 7, comentario sobre 1 Tes. 4:16-17.**
- **Comentario Bíblico Adventista, t. 6, comentario sobre 1 Cor. 15:51-54.**

NOTA APOLOGÉTICA

Este pasaje suele presentarse como si destruyera toda la doctrina bíblica del estado de los muertos. Pero no lo hace. En realidad, cuando se lee bien, se convierte en un monumento a la gracia de Cristo. La fuerza del texto no está en cuándo entró el ladrón al paraíso, sino en quién le garantizó ese paraíso: el Salvador crucificado. Luc. 23:43 no glorifica un alma inmortal; glorifica a un Cristo que salva hasta lo sumo.

CIERRE DEL CAPÍTULO

La promesa al ladrón en la cruz no enseña que los muertos van inmediatamente al paraíso. Enseña que Jesús, aun en la hora de su humillación, tenía autoridad para asegurar la vida eterna a un pecador arrepentido. El “hoy” pertenece a la certeza de la promesa, no al momento inmediato de su cumplimiento.

Así, el ladrón murió en paz, no porque ya poseyera una inmortalidad natural, sino porque confió en la palabra de Cristo. Y esa misma palabra sostendrá a todos los redimidos hasta el día glorioso en que entren, por fin, al paraíso prometido.

CAPÍTULO 9

EL RICO Y LÁZARO: PARÁBOLA, NO FOTOGRAFÍA DEL MÁS ALLÁ

Pocas porciones bíblicas han sido usadas con tanta insistencia para defender la idea de que los muertos van inmediatamente al cielo o al infierno como la historia del rico y Lázaro en Luc. 16:19-31. Muchos leen ese pasaje y concluyen sin más: “Aquí Jesús describe lo que pasa después de morir. El rico fue al tormento, Lázaro al seno de Abraham, ambos estaban conscientes, y por lo tanto los muertos siguen viviendo”. Pero esa conclusión ignora el género del pasaje, su contexto, su propósito y su relación con toda la enseñanza bíblica sobre la muerte.

La primera pregunta correcta no es: “¿Qué me parece que describe esta escena?”, sino: **¿qué clase de discurso está usando Jesús aquí?** Y la respuesta es clara: está usando el lenguaje de la **parábola**. En los capítulos anteriores y en el mismo contexto inmediato, Cristo viene hablando en parábolas: la oveja perdida, la moneda perdida, el hijo pródigo, el mayordomo infiel. No hay un cambio brusco de género que obligue a pensar que de pronto Jesús dejó el terreno parabólico y comenzó a dar una descripción literal del estado

intermedio de los muertos. La continuidad del contexto apunta a una enseñanza figurada con una intención moral y espiritual.

Además, el propósito de la historia no es explicar la condición de los muertos, sino reprender a los fariseos, denunciar su amor al dinero, desenmascarar su dureza de corazón y mostrar que quien rechaza la palabra de Dios no creerá ni siquiera ante una evidencia extraordinaria. Luc. 16:14 dice que “oían también todas estas cosas los fariseos, que eran avaros, y se burlaban de él”. Ese detalle es crucial. Jesús está confrontando a un grupo específico, con pecados específicos, y usa una historia penetrante para herir la conciencia de quienes se creían herederos seguros de Abraham mientras despreciaban la misericordia y la verdad.

El contraste entre el rico y Lázaro es deliberado. El rico viste púrpura y lino fino, y hace cada día banquete con esplendidez. Lázaro, en cambio, está echado a su puerta, lleno de llagas, deseando saciarse de las migajas que caen de la mesa del rico. La escena no se construye para enseñar que ser pobre salva y ser rico condena. Se construye para mostrar la inversión moral del juicio divino y la culpabilidad de aquel que,

teniendo luz, privilegios y recursos, endureció su corazón frente al sufrimiento humano.

Cuando ambos mueren, la historia presenta a Lázaro en el “seno de Abraham” y al rico en tormento. Pero precisamente aquí es donde debemos detenernos y preguntarnos: **¿está Jesús enseñando esto en sentido literal, o está usando imágenes conocidas para comunicar una verdad moral más profunda?**

Si se toma la historia en sentido absolutamente literal, aparecen problemas enormes e insalvables.

Primero, habría que concluir que los salvos e impíos están tan cerca unos de otros que pueden verse y conversar. El rico ve a Abraham de lejos y le habla. Abraham le responde. Eso chocaría con la idea popular de un cielo de perfecta paz separado de toda contemplación directa del tormento de los perdidos. Segundo, una sola gota de agua en la punta de un dedo tendría que aliviar el sufrimiento de una lengua atormentada por llamas literales. Tercero, Abraham aparecería como figura central administrando el destino de los muertos, como si él fuera el mediador inmediato del más allá. Cuarto, el cuerpo del rico sufriría sed y llamas, aunque quienes usan este pasaje para defender la inmortalidad del alma suelen insistir

en que se trata de almas desencarnadas. El relato, tomado literalmente, se vuelve incoherente incluso con la teología de quienes lo usan.

Más aún, si se toma como descripción literal, la salvación parecería depender de ser pobre y la condenación de ser rico. Pero eso sería un absurdo bíblico. Abraham fue rico. Job fue rico. David fue rey. José de Arimatea fue rico. Y, al mismo tiempo, hay pobres impíos y ricos justos. Jesús no está predicando un evangelio de clases sociales. Está denunciando la incredulidad, la avaricia y la insensibilidad espiritual.

El punto culminante del pasaje no está en el fuego, ni en el agua, ni en la distancia entre ambos personajes. El punto culminante está en las palabras de Abraham: “A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos” (Luc. 16:29). Y más adelante: “Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantara de los muertos” (v. 31). Ahí está el centro de la parábola. La gran lección no es una cartografía del más allá. La gran lección es la suficiencia de la revelación bíblica y la dureza de corazón del que rechaza la palabra de Dios.

Jesús está diciendo, en esencia: “Ustedes, fariseos, dicen honrar a Abraham, pero no escuchan a Moisés

ni a los profetas. Y si no escuchan la Escritura, tampoco creerán aunque ocurra un milagro extraordinario”. El golpe es tremendo. No basta con decirse hijo de Abraham. No basta con pertenecer al pueblo del pacto. No basta con tener privilegios religiosos. Si el corazón rechaza la luz de la palabra de Dios, ningún prodigio producirá obediencia genuina.

Eso enlaza de manera poderosa con lo que ocurrió después en la historia del evangelio. Jesús resucitó a un hombre llamado Lázaro en Jn. 11, y muchos de los dirigentes no se arrepintieron, sino que endurecieron aún más su oposición. El principio expresado en la parábola se confirmó en la práctica: quienes no quieren oír a Moisés y a los profetas, tampoco creen aunque uno se levante de los muertos.

La parábola, entonces, no puede usarse para anular decenas de textos claros que enseñan que los muertos nada saben, que duermen en el polvo, que esperan la resurrección y que recibirán su recompensa en la venida de Cristo. Ecl. 9:5 dice que “los muertos nada saben”. Job 7:9-10 declara que el que desciende al Seol no volverá. Dan. 12:2 habla de los que duermen en el polvo. Jn. 5:28-29 enseña que los muertos están en los sepulcros hasta oír la voz del Hijo de Dios. 1 Tes. 4:16 afirma que los muertos en Cristo resucitarán cuando el

Señor descienda del cielo. Ninguna parábola puede ser usada para derribar esa enseñanza reiterada y clara.

También es importante entender que Jesús, al construir sus parábolas, a veces toma elementos conocidos por sus oyentes sin aprobarlos en todos sus detalles. El hecho de que use imágenes comprensibles para sus contemporáneos no significa que esté canonizando toda la imaginería popular sobre el más allá. Lo que Cristo hace es tomar una escena impactante y conducirla hacia su verdadero blanco: la autoridad de la Escritura y la necesidad del arrepentimiento ahora, en esta vida.

La puerta de la misericordia, según la parábola, se cerró para el rico no porque fuese rico, sino porque desperdició la luz, el tiempo, las oportunidades y la compasión. En vida ignoró a Lázaro en su propia puerta. Después quiso alivio sin arrepentimiento, advertencia para sus hermanos sin haber querido oír él mismo a Dios. Pero la hora de decidir no era después de la muerte. Era antes. Esa es otra gran lección del relato: el destino se decide en esta vida, en relación con la palabra de Dios.

Y eso armoniza con toda la Biblia. “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después

de esto el juicio” (Heb. 9:27). La muerte no abre una segunda oportunidad de conversión, ni una plataforma de comunicación entre vivos y muertos. La vida presente es el tiempo de oír a Dios. El que endurece su corazón frente a la revelación divina se prepara para una ruina que ni el milagro más grande podrá evitar si persiste en su incredulidad.

Así que la parábola del rico y Lázaro no fue dada para enseñar que Abraham conversa con almas conscientes ni que los muertos reciben su recompensa final en el momento de morir. Fue dada para advertir que la incredulidad frente a la palabra de Dios endurece tanto al hombre, que ni la resurrección de uno de entre los muertos lo convencerá, si antes rechazó la luz ya recibida.

En otras palabras: el pasaje no es una fotografía del más allá. Es una espada moral dirigida al corazón endurecido.

OBJECIONES Y RESPUESTAS

Objeción 1: “Pero Jesús menciona nombres, como Lázaro y Abraham. Entonces no puede ser parábola.”

Respuesta:

Ese argumento no es concluyente. Que una parábola incluya un nombre propio no la convierte automáticamente en una narración literal. El uso de un nombre puede servir para dar viveza, fuerza y dirección a la enseñanza. Además, Abraham aparece como figura representativa de la herencia religiosa que los fariseos reclamaban. El punto no es si hay nombres, sino el género, el contexto y la intención del discurso. Y todo el contexto en Lucas 15 y 16 sigue siendo parabólico.

Objeción 2: “Si no es literal, entonces Jesús estaría usando una doctrina falsa para enseñar.”

Respuesta:

No. Jesús no está aprobando cada detalle de la imagería usada en la parábola. Está utilizando una escena conocida y dramática para comunicar una verdad moral central: la urgencia del arrepentimiento y la suficiencia de la Escritura. Lo mismo ocurre en otras parábolas donde se usan elementos figurados sin que todos los detalles deban absolutizarse doctrinalmente. La enseñanza principal es lo que debe gobernar la interpretación.

Objeción 3: “El rico estaba consciente, sufría y hablaba. Eso prueba que los muertos sienten.”

Respuesta:

Solo lo probaría si el pasaje fuese una descripción literal del estado de los muertos. Pero ya vimos que no puede tomarse así sin generar contradicciones severas con el resto de la Biblia y aun con los propios detalles internos del relato. Además, si el pasaje fuera literal, habría que aceptar también que una gota de agua en un dedo calma el fuego literal de una lengua, y que los justos conversan tranquilamente con los perdidos a través de un gran abismo visible. La naturaleza figurada del relato explica esos elementos.

Objeción 4: “Entonces, ¿qué enseña realmente la parábola?”

Respuesta:

Enseña que los privilegios religiosos no salvan por sí mismos, que la indiferencia frente al necesitado revela un corazón perdido, que el juicio de Dios invertirá las apariencias de esta vida, y, sobre todo, que quien rechaza a Moisés y a los profetas no creerá ni aun frente a un milagro tan impactante como la resurrección de un muerto. El centro de la enseñanza es la respuesta del hombre a la palabra de Dios.

Objeción 5: “El rico pidió advertir a sus hermanos. ¿No muestra eso que después de morir uno sigue interesado por los vivos?”

Respuesta:

Dentro del marco de la parábola, ese detalle sirve precisamente para subrayar el argumento final: los hermanos del rico ya tenían suficiente luz en la Escritura. No necesitaban visitas del más allá. Necesitaban oír a Moisés y a los profetas. El relato usa el diálogo para llevar a ese clímax. No fue dado para enseñar que los muertos efectivamente interceden o piden misiones post mortem.

Objeción 6: “Si la historia no describe el más allá, entonces ¿por qué Jesús la contó así?”

Respuesta:

Porque una parábola debe sacudir la conciencia. Jesús construye una escena fuerte, memorable y penetrante para confrontar a oyentes orgullosos y endurecidos. La pregunta correcta no es por qué la contó con imágenes vivas, sino hacia dónde dirigió su golpe final. Y el golpe final cae sobre la incredulidad frente a la Escritura.

COMENTARIO EGW

Elena G. de White usa la historia del rico y Lázaro como una solemne advertencia moral y espiritual, no como una exposición doctrinal del estado consciente de los muertos. Ella pone el énfasis en el uso fiel de los privilegios presentes, en la responsabilidad frente al necesitado y en la urgencia de atender la luz que Dios ya ha dado.

Véase:

- Elena G. de White, *Palabras de Vida del Gran Maestro*, sección “El rico y Lázaro”.
- Elena G. de White, *El Deseado de Todas las Gentes*, capítulos donde se destaca la incredulidad de los dirigentes aun frente a evidencias poderosas.
- Elena G. de White, *El Conflicto de los Siglos*, cap. 33, “El primer gran engaño”.

White no usa esta parábola para sostener la inmortalidad del alma, sino para advertir sobre la ceguera espiritual de quienes ignoran la palabra de Dios y descuidan la misericordia.

COMENTARIO CBA

El **Comentario Bíblico Adventista** explica que Luc. 16:19-31 debe interpretarse en su contexto de parábolas y en armonía con toda la revelación bíblica. Al comentar este pasaje, destaca que la intención de Cristo es reprender a los fariseos y subrayar la suficiencia de “Moisés y los profetas”. También advierte que no debe usarse esta historia para construir una doctrina literal del estado de los muertos en contradicción con otros textos claros de la Escritura.

Véase:

- **Comentario Bíblico Adventista, t. 5, comentario sobre Luc. 16:19-31.**
- **Comentario Bíblico Adventista, t. 3, comentario sobre Ecl. 9:5-6, 10.**
- **Comentario Bíblico Adventista, t. 4, comentario sobre Dan. 12:2.**
- **Comentario Bíblico Adventista, t. 7, comentario sobre 1 Tes. 4:13-17 y 2 Tim. 4:8.**

NOTA APOLOGÉTICA

Este pasaje suele ser presentado como el “texto definitivo” contra la doctrina bíblica del estado de los muertos. Pero en realidad, cuando se interpreta correctamente, ocurre lo contrario. La parábola no anula la enseñanza clara de la Biblia sobre la muerte como sueño y la esperanza de la resurrección. Más bien expone la tragedia de quienes, teniendo la palabra de Dios, prefieren apoyarse en tradiciones, apariencias o privilegios religiosos. El verdadero problema del rico no fue desconocer el más allá. Fue despreciar la luz que ya tenía en esta vida.

CIERRE DEL CAPÍTULO

La historia del rico y Lázaro no fue dada para mostrarnos una geografía literal del mundo invisible. Fue dada para advertir que la eternidad se decide por la respuesta que el hombre da hoy a la palabra de Dios. Quien no oye a Moisés y a los profetas, tampoco creerá aunque contemple un milagro sorprendente.

Por eso esta parábola no apoya la inmortalidad del alma. Exalta la autoridad de la Escritura, denuncia la falsa seguridad religiosa y llama al arrepentimiento mientras todavía hay tiempo.

PRÓLOGO

Vivimos en un tiempo en que la muerte sigue siendo una de las realidades más temidas, más manipuladas y más mal entendidas. Pocas doctrinas han sido rodeadas de tanta tradición, tanto sentimentalismo y tanta confusión como la del estado de los muertos. A lo largo de los siglos, millones han sido enseñados a creer que los muertos continúan conscientes, que observan a los vivos, que pueden comunicarse con ellos, o que ya han recibido plenamente su recompensa en el cielo o su castigo en un lugar de tormento. Sin embargo, cuando se abre la Biblia y se permite que ella hable por sí misma, el panorama es muy diferente.

Las Escrituras enseñan con claridad que la muerte es un sueño, que los muertos nada saben, que descienden al silencio y que esperan la resurrección en el día postrero. La esperanza del creyente no descansa en una supuesta inmortalidad natural del alma, sino en Jesucristo, que murió, resucitó y prometió llamar a los suyos del sepulcro. Ese es el corazón de la fe bíblica: no la supervivencia autónoma del hombre, sino la victoria de Cristo sobre la muerte.

Este libro nace con el propósito de presentar esa verdad de manera clara, ordenada y bíblicamente

fundamentada. No ha sido escrito para alimentar polémicas vacías, sino para afirmar la verdad, desenmascarar el error y fortalecer la esperanza cristiana. Aquí el lector encontrará una exposición progresiva de la enseñanza bíblica sobre la naturaleza del hombre, el significado de la muerte, la inmortalidad, la resurrección y los textos más usados para sostener la doctrina de la conciencia de los muertos.

También se mostrará que este tema no es secundario. La mentira original de la serpiente en Edén —“No moriréis” (Gén. 3:4)— sigue viva en toda doctrina que niega la realidad de la muerte tal como Dios la definió. Y esa mentira no solo distorsiona la verdad sobre el hombre, sino que abre la puerta al espiritismo, a los engaños religiosos y a las manifestaciones satánicas que la Biblia presenta como parte del conflicto final.

Frente a un mundo lleno de superstición, tradición y experiencias engañosas, la seguridad del pueblo de Dios sigue siendo la misma: **“¡A la ley y al testimonio!”** (Isa. 8:20). La verdad no debe ser determinada por lo que la gente siente, imagina o experimenta, sino por lo que Dios ha revelado en su santa Palabra. Cuando la Biblia dice que los muertos nada saben, esa declaración debe ser aceptada por

encima de toda filosofía humana, de toda teología popular y de toda manifestación sobrenatural.

Mi oración es que este libro ayude al lector a mirar la muerte con sobriedad, pero también con esperanza; con realismo, pero también con fe. Que quite de su mente el temor supersticioso y lo lleve a descansar únicamente en la promesa de Cristo. Y que al terminar estas páginas, quede más firme en la convicción de que la vida eterna no está en el hombre, sino en el Hijo de Dios, y que la gran esperanza de los redimidos no es hablar con los muertos, sino oír un día la voz del Salvador que dirá: **“Venid fuera.”**

APÉNDICE 1

1 TESALONICENSES 5:23 Y LA EXPRESIÓN “ESPÍRITU, ALMA Y CUERPO”

Uno de los textos más usados para defender la idea de que el ser humano está formado por tres entidades separadas e independientes es 1 Tes. 5:23: “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo”.

Muchos leen este versículo como si Pablo estuviera dando una definición anatómica del ser humano. Pero ese no es el propósito del pasaje. El apóstol no está escribiendo aquí un tratado filosófico sobre la composición del hombre. Está elevando una oración pastoral, pidiendo que Dios santifique al creyente por completo.

La expresión “espíritu, alma y cuerpo” es una manera enfática de abarcar la totalidad de la persona. Pablo está diciendo, en otras palabras: “Que Dios os guarde enteramente”. No está afirmando que dentro del hombre existan tres seres autónomos, uno material y

dos inmateriales. Está hablando del hombre completo, visto bajo distintos aspectos de su existencia.

La Biblia usa con frecuencia este tipo de lenguaje totalizante. Jesús dijo que debemos amar a Dios con todo el corazón, alma, mente y fuerzas. Nadie entiende por eso que el ser humano esté dividido en compartimentos independientes. El punto es totalidad, no disección.

Además, si se quisiera usar 1 Tes. 5:23 como definición literal de tres entidades conscientes y separables, se caerían en serias contradicciones con otros textos. Gén. 2:7 enseña que el hombre fue formado del polvo de la tierra, recibió aliento de vida y **fue** un ser viviente. No dice que recibió un alma como una sustancia aparte. Eze. 18:4 declara que “el alma que pecare, esa morirá”. Y Ecl. 9:5 afirma que “los muertos nada saben”. Todo esto muestra que el lenguaje bíblico sobre alma y espíritu no corresponde al dualismo filosófico popular, sino a la unidad integral del ser humano.

En la Escritura, “alma” puede significar persona, vida o ser viviente. Y “espíritu” puede referirse al aliento de vida, a la disposición interior, a la actitud o al principio vital que procede de Dios. No siempre significan lo

mismo, pero tampoco autorizan a construir la teoría de un alma inmortal consciente separada del cuerpo.

Por tanto, 1 Tes. 5:23 no enseña que al morir el cuerpo queda en la tumba mientras el alma y el espíritu siguen viviendo conscientemente en otra dimensión. Enseña que Dios quiere santificar al creyente de manera total y preservarlo irrepreensible hasta la venida de Cristo. Ese énfasis en la venida es importante: Pablo sigue mirando hacia el futuro escatológico, no hacia una liberación inmediata del alma en el momento de la muerte. El mismo Pablo sitúa la glorificación final en la venida del Señor y en la resurrección de los muertos en Cristo.

Objeción

“Pero si Pablo menciona tres elementos, entonces necesariamente son tres sustancias separadas”.

Respuesta

No. Mencionar tres términos no obliga a concluir tres sustancias autónomas. El texto habla del hombre completo. La intención es ética y pastoral, no filosófica. Pablo no está diciendo que el alma pueda vivir consciente sin el cuerpo. Está diciendo que todo

el ser del creyente debe ser conservado por Dios hasta la venida de Cristo.

APÉNDICE 2

HEBREOS 4:12 Y LA DIVISIÓN ENTRE ALMA Y ESPÍRITU

Heb. 4:12 dice: “Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón”.

A primera vista, algunos creen que este versículo demuestra que alma y espíritu son dos entidades claramente separadas dentro del hombre. Pero una lectura cuidadosa muestra que ese no es el propósito del pasaje.

El tema central de Heb. 4:12 no es la naturaleza del hombre, sino el poder penetrante de la palabra de Dios. El autor está enseñando que nada queda oculto delante del juicio divino. La Palabra llega hasta lo más profundo, hasta lo más interior, hasta aquello que el ojo humano no puede discernir.

Por eso el versículo usa una serie de expresiones intensas y paralelas: alma y espíritu, coyunturas y tuétanos, pensamientos e intenciones del corazón. El propósito no es dar una lección de anatomía espiritual, sino mostrar que la Palabra atraviesa todas las capas de la existencia humana y revela lo que realmente somos.

Si alguien insiste en que “partir alma y espíritu” debe entenderse como separación literal de dos sustancias inmortales, tendría que aplicar el mismo literalismo a “coyunturas y tuétanos” y decir que el texto está ofreciendo una disección anatómica completa. Pero ese no es el lenguaje del pasaje. Es lenguaje figurado y penetrante.

Además, Heb. 4:12 no puede contradecir el testimonio más amplio de la Escritura. El alma en la Biblia puede morir. El espíritu puede referirse al aliento de vida. Y el hombre es presentado como un ser viviente integral. Por tanto, el versículo no enseña que el alma sea una entidad inmortal consciente que se separa del cuerpo al morir. Enseña que Dios conoce al hombre en lo más profundo y que su Palabra descubre lo oculto. Los comentarios que compartiste muestran que este texto es una de las objeciones más repetidas contra la doctrina bíblica del estado de los muertos.

Objeción

“Si alma y espíritu pueden partirse, entonces no son lo mismo y uno de ellos puede sobrevivir separado del cuerpo”.

Respuesta

El pasaje no está hablando de supervivencia después de la muerte. Está hablando del alcance del juicio de la Palabra de Dios. El énfasis está en la profundidad del discernimiento divino, no en enseñar la inmortalidad del alma.

APÉNDICE 3

“DIOS NO ES DIOS DE MUERTOS, SINO DE VIVOS”

Este argumento suele basarse en Mat. 22:32 y Luc. 20:38. Cristo dijo: “Dios no es Dios de muertos, sino de vivos”. Muchos usan esta frase para sostener que Abraham, Isaac y Jacob ya estaban viviendo conscientemente en el cielo cuando Jesús habló esas palabras.

Pero el contexto demuestra otra cosa. Cristo estaba discutiendo con los saduceos, quienes negaban la resurrección. La intención de Jesús no era enseñar la inmortalidad natural del alma, sino probar la certeza de la resurrección.

El argumento del Señor parte del pacto divino. Dios dijo: “Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob”. Cristo muestra que ese pacto no quedó anulado por la muerte. Para Dios, sus patriarcas no son casos perdidos ni nombres borrados; están garantizados para la resurrección. Dios habla de ellos como vivos porque su propósito redentor sobre ellos sigue firme.

Eso armoniza con toda la Biblia. Abraham murió. Isaac murió. Jacob murió. Esperaron la ciudad celestial y la resurrección futura. Cristo no estaba corrigiendo a Eclesiastés ni negando que los muertos duermen. Estaba refutando a los saduceos al mostrar que el Dios del pacto es Dios de vivos en el sentido de que tiene el poder y el compromiso de levantar a los suyos.

Luc. 20:38 dice: “porque para él todos viven”. Esa frase tampoco enseña que todos estén ahora conscientemente activos ante Dios. Enseña que, para Dios, la muerte no puede frustrar su promesa. Él

puede llamar las cosas que no son como si fueran. Su pacto trasciende la tumba y culminará en la resurrección.

Por eso este texto, bien leído, no apoya la inmortalidad del alma. Apoya la resurrección de los muertos.

Objeción

“Si para Dios todos viven, entonces los patriarcas ya están vivos ahora”.

Respuesta

Sí viven para Dios en el sentido del pacto y de la certeza de la resurrección, no en el sentido de que este texto esté describiendo consciencia intermedia de todos los muertos. El contexto del debate es la resurrección, no el estado consciente del alma después de la muerte. Este texto es usado repetidamente en discusiones contra la doctrina del sueño de la muerte.

APÉNDICE 4

“AUSENTES DEL CUERPO Y PRESENTES CON EL SEÑOR”

2 Cor. 5:8 es uno de los textos favoritos de quienes enseñan que el alma va inmediatamente al cielo al morir: “pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor”.

Leído aisladamente, parece apoyar esa idea. Pero el problema es precisamente ese: leerlo aislado. Cuando se examina todo el argumento de 2 Cor. 4 y 5, se ve que Pablo no está describiendo un estado intermedio desencarnado como la esperanza ideal del creyente. Su mirada está puesta en la glorificación final.

En 2 Cor. 5:1-4, Pablo habla de nuestra “casa terrestre”, este cuerpo mortal, y del anhelo no de quedar desnudos, sino de ser revestidos. Eso es clave. El apóstol no está celebrando una condición de desnudez o separación definitiva del cuerpo. Está anhelando la condición gloriosa en la que lo mortal sea absorbido por la vida.

El orden del pensamiento paulino es este: ahora gemimos en el cuerpo presente; después recibiremos la casa celestial; y la consumación final está en la presencia gloriosa del Señor. Pablo no desarrolla aquí una cronología detallada del instante de la muerte, sino el gran contraste entre la condición presente y la futura.

Además, el mismo Pablo es uniforme en su esperanza. En 1 Tes. 4 dice que los muertos en Cristo resucitarán en la venida del Señor. En 1 Cor. 15 dice que lo mortal se vestirá de inmortalidad en la final trompeta. Y en 2 Tim. 4 afirma que la corona le será dada “en aquel día”, no al morir. El PDF que subiste destaca precisamente esa uniformidad en Pablo: tanto en Filipenses como en 2 Corintios y 1 Tesalonicenses, la esperanza final culmina en la venida de Cristo y la glorificación, no en un premio pleno al momento de la muerte.

Entonces, ¿qué significa “ausentes del cuerpo y presentes al Señor”? Significa que la meta final del creyente es dejar esta condición mortal y entrar en la presencia gloriosa de Cristo. Desde la experiencia consciente del creyente, eso será cierto: al cerrar los ojos en la muerte, el siguiente momento del que tendrá conciencia será la presencia del Señor en la resurrección. Pero Pablo no está enseñando aquí un alma inmortal desencarnada viviendo consciente por sí misma.

Objeción

“Pablo dijo claramente que prefería estar ausente del cuerpo y presente con el Señor; eso demuestra conciencia inmediata”.

Respuesta

Pablo está expresando el contraste entre la condición presente y la gloria futura. No está negando la resurrección ni enseñando que el juicio y la recompensa ocurren al morir. El mismo contexto y el resto de sus cartas muestran que la esperanza culmina en la resurrección y en la venida de Cristo.

APÉNDICE 5

“PREDICÓ A LOS ESPÍRITUS ENCARCELADOS”

1 Ped. 3:18-20 dice que Cristo fue y predicó “a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé”. Este pasaje ha sido usado para enseñar que Cristo descendió al mundo de los muertos a predicar a personas fallecidas.

Pero el texto, leído con cuidado, enseña otra cosa. Pedro vincula esos espíritus con “los días de Noé”. Es

decir, no está diciendo que Cristo fue entre su muerte y resurrección a evangelizar muertos en un lugar intermedio. Está diciendo que Cristo, por el Espíritu, predicó en tiempos de Noé a aquella generación desobediente.

La clave está en la expresión “vivificado en espíritu, en el cual también fue y predicó”. La obra de Cristo por el Espíritu no comenzó en el sepulcro. El mismo Espíritu de Cristo actuó en los profetas del Antiguo Testamento. Noé fue “pregonero de justicia”, y por medio de ese testimonio Cristo habló a su generación.

Entonces, ¿quiénes son los “espíritus encarcelados”? Son esas personas que fueron desobedientes en días de Noé y que ahora, al momento de escribir Pedro, están en la prisión de la muerte, aguardando el juicio. El texto no dice que Cristo les predicó cuando ya estaban muertos. Dice que eran desobedientes cuando se preparaba el arca.

1 Ped. 4:6, otro texto relacionado, dice que “por esto también ha sido predicado el evangelio a los muertos”. Tampoco significa que se predicó a personas ya muertas como muertos. Significa que el evangelio fue predicado a personas que ahora están muertas, pero lo oyeron cuando estaban vivas.

Esta lectura armoniza con toda la Biblia. La Escritura nunca presenta una segunda oportunidad de salvación después de la muerte. El juicio sigue a la muerte, no una campaña de evangelización en el sepulcro. El PDF que compartiste ubica este pasaje entre los textos difíciles y lo conecta explícitamente con la desobediencia de los días de Noé, no con predicación a almas conscientes del más allá.

Objeción

“Pero el texto dice que Cristo fue y predicó. Eso suena a una visita real al lugar de los muertos”.

Respuesta

Lo decisivo es **cuándo** fueron desobedientes esos espíritus: “cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé”. El enfoque del texto está en la generación antediluviana que recibió el testimonio divino mientras vivía. Ahora están en prisión, es decir, en la muerte, esperando el juicio.

APÉNDICE 6

LAS ALMAS BAJO EL ALTAR

Apoc. 6:9-11 dice que Juan vio “debajo del altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios”, y que clamaban: “¿Hasta cuándo, Señor... no juzgas y vengas nuestra sangre?”

Muchos toman este pasaje como prueba de que los mártires están conscientes en el cielo clamando por justicia. Pero el libro de Apocalipsis es altamente simbólico. No puede interpretarse de manera cruda y literal sin violentar su género.

La escena está construida con imágenes sacrificiales. En el santuario del Antiguo Testamento, la sangre de la víctima era derramada al pie del altar. Aquí las “almas” bajo el altar representan la vida derramada de los mártires. Es un lenguaje semejante al de Gén. 4, donde la sangre de Abel clamaba desde la tierra. Nadie piensa que la sangre literal de Abel tuviera cuerdas vocales; el clamor representa la demanda divina de justicia.

Lo mismo ocurre en Apoc. 6. Los mártires claman simbólicamente por vindicación. No se trata de que estén en el cielo hablando entre sí como almas desencarnadas. Es una escena judicial, simbólica y profética, que expresa que Dios no ha olvidado a sus testigos fieles.

Además, el mismo pasaje dice que se les dijo que “descansasen todavía un poco de tiempo”. Eso armoniza mejor con la idea de espera y reposo que con una actividad consciente literal y continua. Y el trasfondo del altar refuerza el carácter figurado del pasaje. El PDF que compartiste conecta este texto con el trasfondo de Caín y Abel y con el simbolismo del altar, no con una antropología de almas inmortales separadas del cuerpo.

La clave, entonces, es esta: Apocalipsis no está enseñando aquí el estado intermedio de los muertos. Está usando un símbolo poderoso para decir que la sangre de los mártires no ha sido olvidada y que Dios hará justicia a su debido tiempo.

Objeción

“Pero el texto dice que clamaban a gran voz”.

Respuesta

Sí, dentro del lenguaje simbólico del Apocalipsis. La Biblia ya usa este tipo de clamor figurado en Gén. 4 con la sangre de Abel. No se trata de consciencia literal de muertos, sino de una representación judicial del reclamo de justicia ante Dios.

APÉNDICE 7

LOS ESPÍRITUS DE LOS JUSTOS HECHOS PERFECTOS

Heb. 12:22-23 habla de la Jerusalén celestial, de la congregación de los primogénitos y de “los espíritus de los justos hechos perfectos”. Este pasaje es usado con frecuencia para enseñar que los santos muertos están vivos y conscientes en el cielo como espíritus desencarnados.

Pero el lenguaje del texto debe entenderse dentro del contexto de Hebreos. La carta contrasta el antiguo pacto con la realidad superior del nuevo pacto en Cristo. El autor no está dando aquí un tratado sobre el estado intermedio, sino describiendo la esfera celestial a la que los creyentes se acercan por medio de Jesús, el Mediador del nuevo pacto.

La expresión “espíritus de los justos hechos perfectos” no obliga a pensar en almas desencarnadas activas. En Hebreos, la perfección está muy ligada a la obra sacerdotal y sacrificial de Cristo. Los justos han sido perfeccionados en sentido redentor, es decir, aceptados y consumados en el valor de la obra de

Cristo. El acento cae sobre la eficacia de su sacrificio, no sobre una antropología detallada de muertos conscientes.

Además, Hebreos usa “espíritu” con amplitud semántica. No siempre significa una entidad separada del cuerpo. Puede aludir a la identidad personal delante de Dios, a la dimensión interior del hombre o a la realidad del creyente en relación con la obra redentora.

Tampoco puede este pasaje ser usado para destruir el testimonio claro del resto de la Escritura sobre la muerte, el sueño y la resurrección. El mismo Nuevo Testamento enseña que los muertos en Cristo resucitarán en la venida del Señor. Por tanto, Heb. 12:23 debe leerse como una descripción litúrgica, pactual y redentiva del acceso del creyente a la realidad celestial en Cristo, no como una prueba aislada de la inmortalidad natural del alma.

Los comentarios que compartiste muestran que Heb. 12:23 es uno de los textos más citados por quienes defienden la conciencia de los santos en el cielo. Pero el uso polémico del texto no cambia su contexto. Su centro no es el estado de los muertos, sino la superioridad del nuevo pacto y la mediación de Cristo.

Objeción

“Si habla de espíritus de justos, entonces esos justos ya están conscientes en el cielo”.

Respuesta

No necesariamente. El texto no define aquí el modo de conciencia de los muertos. Exalta la realidad celestial a la que pertenecen los redimidos en Cristo y la perfección que Él les ha asegurado por su obra. No puede usarse de manera aislada para contradecir la enseñanza repetida sobre la resurrección futura.

CIERRE DE LOS APÉNDICES

Estos textos difíciles no destruyen la doctrina bíblica sobre el estado de los muertos. Al contrario, cuando se leen en su contexto y en armonía con toda la Escritura, terminan confirmando la misma verdad: la inmortalidad pertenece a Dios, la vida eterna está en Cristo, los muertos duermen esperando la resurrección, y la gran esperanza de los redimidos no está en una supervivencia natural del alma, sino en la venida gloriosa del Señor.

Un llamado para seguir sembrando

Querido lector:

Si este libro ha sido de bendición para su vida, si le ha ayudado a comprender mejor la Palabra de Dios, o si ha fortalecido su fe en Cristo y en su verdad, queremos pedirle algo muy especial: **ore por este ministerio.**

Detrás de cada material gratuito hay tiempo, esfuerzo, estudio, oración y un profundo deseo de que más personas conozcan la verdad bíblica. Nuestro anhelo es seguir preparando **libros, estudios y recursos gratuitos** que puedan llegar a muchas vidas, hogares e iglesias, especialmente a personas que no tienen la posibilidad de adquirir este tipo de materiales.

Si Dios pone en su corazón apoyar esta obra, puede hacerlo compartiendo este libro con otros, recomendándolo, orando por nosotros y, si le es posible, también mediante una **ofrenda voluntaria** que nos ayude a seguir produciendo más materiales para la honra de Dios y el avance de su obra.

Cada ayuda, grande o pequeña, puede convertirse en una semilla de verdad en la vida de alguien más.

Gracias por leer este libro.

Gracias por valorar este esfuerzo.

Y gracias por ayudar a que otros también puedan recibir gratuitamente estos mensajes.

Que el Señor le bendiga abundantemente, le fortalezca en la fe y multiplique su gracia sobre su vida y su familia.

**Con gratitud y esperanza,
MINISTERIO LD**

Elaborado por [Ministerio LD](#)

info@leydominical.net

[WhatsApp](#) : +50488227864

Freddy Silva